

# REVISTA

DEL

## Centro de Estudios Extremeños

---

TOMO XII

SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 1938

NÚM. 3

---

### **PASEOS ARQUEOLÓGICOS POR LA ESPAÑA MUSULMANA**

#### **LA ALCAZABA DE BADAJOZ**

Cuando se habla de la civilización hispano-musulmana todo el mundo piensa en el califato de Córdoba y en la corte nazarí de Granada; escasas gentes recuerdan el reino zaragozano de los Benihud, la Sevilla de Motamid y el Levante musulmán; nadie evoca otras muchas regiones de España que durante siglos estuvieron sometidas al dominio del Islam y que de esa época han conservado algunos restos de edificaciones y tal vez una huella más profunda en el carácter de sus pobladores. Para la mayoría de las gentes, aún para las cultas, el nombre de Extremadura es sinónimo, en el recuerdo histó-

rico, tan sólo de grandezas y ruinas romanas, de las piedras de Mérida y del monumental puente de Alcántara; más tarde, de las riquezas artísticas del monasterio de Guadalupe y de las gestas heroicas de los conquistadores de la América española.

Durante varias centurias y numerosas generaciones, desde poco tiempo después de terminarse la gran epopeya de nuestra Reconquista hasta fines del siglo pasado, se ha vivido añorando las espléndidas lejanías de las culturas griega y romana, mientras los españoles ignoraban por completo el paisaje, familiar y bastante más próximo, de las civilizaciones de Córdoba, de los pequeños reinos de taifas y de los cristianos peninsulares de los siglos XII y XIII, impregnados de cultura hispano-musulmana. Beneméritos investigadores—citemos entre los compatriotas desaparecidos los nombres ilustres de Saavedra, Codera y Ribera—tuvieron que empezar a extraer, sabia y pacientemente, hace poco más de medio siglo, de bajo enormes montañas de indiferencia y olvido que secularmente los cubrían, los recuerdos de nuestra historia y de nuestra cultura islámicas.

El progreso de estos estudios en los últimos años ha sido grande y hoy el cuadro completo de la brillante civilización hispano-árabiga, creación fundamentalmente peninsular, aparece a nuestra vista, con sus períodos de esplendor, cuando una mano, sabia y fuerte a la vez, logra encauzar y unificar todas las energías latentes, y sus épocas de decadencia, acompañadas éstas constantemente de fragmentación y dispersión anárquicas, pero unas y otras creación siempre original y sugestiva, plena de carácter hispánico y capaz de explicarnos no pocos hechos posteriores.

La civilización romana levantó o revistió sus edificios en Extremadura, como por todas partes, con materiales casi imprecaderos—piedra y mármol—apropiados a la grandeza del enorme Imperio; en la época musulmana Extremadura fué tan sólo provincia de un reino que no llegó a dominar en toda la

Península o patrimonio de un reducido principado de taifas, y la mayoría de sus construcciones—excepto algunas de carácter militar—debieron levantarse con materiales deleznales cuya fragilidad resiste el paso de muy contadas generaciones. Los edificios de yeso y ladrillo, cuando vienen a tierra, no dejan más rastro que el liviano de polvo, escombros y materiales informes, mientras las piedras y los mármoles de los monumentos romanos, de cuyos restos tan pródigo es el suelo extremeño, aún en fragmentos, conservan huellas del arte a que pertenecen y de la mano que los labró. Tal es la causa, unida a las luchas incesantes en una comarca fronteriza, y al deseo de cambio, de novedad, inherente a la naturaleza humana, de que, desaparecidas casi por completo sus construcciones, del arte del Islam en esta región pueda decirse que lo ignoramos todo.

Pero si faltan los grandes monumentos impresionantes por su tamaño o por su espléndida decoración, aún quedan en las ciudades, pueblos y campos extremeños restos más modestos de construcciones musulmanas medio ocultas y olvidadas, tras siglos de indiferencia y abandono. Algunas, han sido someramente estudiadas; otras, esperan aún un análisis que permita incorporarlas a los hechos históricos que se desarrollaron a su alrededor y al proceso evolutivo de las formas artísticas y constructivas. Se ha investigado mucho en archivos y bibliotecas tratando de rehacer nuestra historia medieval, pero, en cambio, apenas si se han comenzado a recorrer con criterio histórico los lugares del suelo hispánico que fueron teatro de los sucesos más señalados, ni buscado si quedaban en ellos huellas materiales de esos hechos. Testimonios escritos, testimonios geográficos y testimonios arqueológicos han de emparejarse para formar el cuadro total de nuestra historia durante la edad media.

Pretenden las páginas siguientes contribuir, en muy pequeña medida, al conocimiento de la arqueología musulmana de Badajoz que deberá investigarse, a la par, en las escasas obras y restos conservados, en los que yacen bajo tierra y habrá que sacar a luz, y en viejas crónicas y documentos. La descripción arqueológica de unas construcciones, sin situarlas en su cuadro histórico como si se tratase de la ficha de un objeto guardado en un museo, resultará incompleta y árida; la reseña histórica, sin conocer los lugares ni tratar de evocar el ambiente en el que se produjeron y sus paisajes geográfico y monumental, carecerá de emoción vital. No pretendemos haber llegado a esa síntesis feliz de los documentos y de los lugares históricos; nuestra intención no alcanza más que a la modesta de aportar materiales para que otros, con mayor preparación, más vida por delante y en circunstancias más favorables que las actuales, puedan trazar el cuadro histórico de la Badajoz musulmana, de esta ciudad que guada, bajo las apariencias de un exterior pacífico y burgués, las memorias de una historia trágica, en la que se sucedieron durante varios siglos sitios, asaltos, matanzas y saqueos. Todas aquellas gentes cuyas cuerdas imaginativas vibran bajo los dedos de la muerte se sentirán atraídos por el campo, hoy desolado en su abandono, de la alcazaba, lugar en el que la vida humana no solía prolongarse durante muchos años ni terminar por obra natural de enfermedad. De las cinco lápidas musulmanas aparecidas en Badajoz, dos de los personajes cuyos restos conmemoran murieron de muerte violenta; a estos podemos añadir el epitafio, hoy perdido, de un obispo mozárabe que corrió igual suerte en el año 1000 (1).

Un gran poeta debería cantar el destino épico de esta ciu-

---

(1) Alejados de Bibliotecas en las que consultar muchas de las obras que a continuación se citan; sin haber podido ver otras no citadas o mejores ediciones de aquéllas, a la bondad del arquitecto de Córdoba don

dad, fundamentalmente agrícola y, por ello, pacífica, cuya situación fronteriza la consagró desde hace bastantes siglos a los dioses de la destrucción y de la guerra.

**Situación de la alcazaba.—Las fortificaciones actuales de la ciudad y la cerca vieja.**

Asiéntase Badajoz en una colina bordeada por el Guadiana, en el vértice del ángulo que forma el río cuando tuerce su curso hacia el Sudoeste para servir de frontera entre España y Portugal. Su emplazamiento en un ancho boquete abierto por la Naturaleza entre la sierra de Montánchez y el Guadiana, cerrando el camino más fácil y directo de Lisboa a nuestra meseta central, explica su historia de plaza fronteriza, pródiga en sitios, asaltos y toda clase de episodios guerreros.

El cabezo o parte más elevada de la colina, a 60 metros sobre el Guadiana, ocúpalo la vieja alcazaba musulmana cuyos muros, puertas y torreones no han sido estudiados cumplidamente, ni precisada la época en la que se levantaron.

Dibuja el recinto de esta alcazaba un contorno ovalado de unos 400 metros de longitud en su eje mayor, cuya dirección es, próximamente, la Nortesur, y unos 200 de ancho medio, rodeado todo él de murallas, fortalecidas por torres intermedias, de las que se conservaban veinte hasta hace pocos años, salvo en una parte del frente Oeste comenzada a derribar en 1914 y proseguída en fecha más reciente. Se reconocen hoy en ese recinto cuatro puertas y dos postigos. A Norte le sirve de foso natural el Guadiana, que antes pasaba a su pie; ya estaba algo retirado en el siglo xvi a causa del amontonamiento de

---

Félix Hernández Giménez debemos bastantes de las referencias publicadas. A los señores López Prudencio, Covarsí y Cánovas, de Badajoz, somos también deudores de valiosas indicaciones referentes a historia y toponimia locales.

arenas en su orilla izquierda (1). A saliente le protegía el arroyo Rivillas, confluyente con el Guadiana bajo sus muros, y en ambas direcciones presenta la colina considerable escarpe sobre la vega. Por las otras dos—Sur y Oeste—se extiende, siguiendo la pendiente no muy rápida de aquélla, la parte vieja de la población, de calles estrechas y desiguales. Los muros exteriores son, pues, los de sus frentes de Norte y Este; para aproximarse a los otros dos sería necesario forzar la muralla de la ciudad, penetrando en ésta, muralla con baluartes, fosos, glacis, revellines y fuertes exteriores que forman una interesante fortificación, levantada en gran parte en la segunda mitad del siglo xvii, cuando la guerra de separación de Portugal, completada y reformada en los siguientes y digna de conservarse íntegramente (2).

Sustituye este recinto a otro anterior que, según la confusa descripción que hace Rodrigo Dosma (1533-1599) en la segunda mitad del siglo xvi, debía seguir aproximadamente las líneas interiores del actual, uniéndose con el de la alcazaba en lugares no muy distantes de aquellos en los que actualmente se enlazan. Ese recinto tenía casi 2.700 pasos de a cinco pies o tercias de vara, guardando forma pentagonal, estando prote-

---

(1) *Discursos patrios de la Real ciudad de Badajoz*, por el Doctor Rodrigo Dosma Delgado, Badajoz, 1870, p. 31.

(2) «..... su población, cerrada de murallas antiguas en bastante defensa para las hondas, lanzas y saetas,..... reparáronse a lo moderno con la ocasión de la nueva guerra de Portugal». (*Historia Eclesiástica de la ciudad y obispado de Badajoz* por don Juan Solano de Figueroa y Altamirano, 1929-1935, Badajoz, Primera parte, I, p. 34). En los últimos años, por desgracia, abriéronse en las murallas brechas considerables que se han tratado de justificar con el pretexto de dar trabajo a los obreros, como si no hubiera más labor útil y necesaria que la destructiva. El crecimiento de la población extramuros puede justificar la apertura de pasos, todo lo anchos que sea necesario, a través de la muralla, salvando la continuidad del camino de ronda—magnífico paseo—por medio de pasarelas; pero nunca la destrucción de grandes lienzos de muro.

gido por foso o cava, que solía estar por entonces hondo y limpio, al cual podían derivarse las aguas del Rivillas por los frentes de mediodía y poniente, yendo a verter al Guadiana aguas abajo del puente, dejando así a la ciudad convertida en una isla. En los paños de Sudeste y Sudoeste, que se unían en ángulo obtuso en la puerta de Jerez, llamada luego de Santa Marina y hoy del Pilar, había «arcos y caballeros salidizos torreados», siguiendo la disposición, al parecer, de las torres albarranas que más adelante se describen como del recinto de la alcazaba. La única parte conservada de ese recinto de la ciudad en los últimos años del siglo xvi, parece ser la puerta del Puente o de las Palmas, edificada en tiempo de Felipe II y que Dosma llama Nueva (1).

Ese recinto urbano, que en el siglo xiv se llama ya cerca vieja (2), debía ser el de la Badajoz musulmana de los siglos xi y xii, reformado por las destrucciones que el tiempo y las incesantes acciones guerreras acarrearían. En su interior no queda visible vestigio alguno musulmán, ni aún en el trazado de las calles más próximas a la alcazaba. Despoblada la ciudad varias veces durante la edad media, sitiada y asaltada repetidamente en todo tiempo, desaparecieron sin duda, no sólo las modestas y reducidas viviendas musulmanas, sino también las calles y callejas que las daban acceso; el actual trazado viario debió irse haciendo gradualmente, sobre campos de ruinas.

Testimonios históricos prueban que desde los últimos años del siglo xi, por lo menos, existían independientemente los dos recintos, el de la ciudad y el de la alcazaba (3); en ésta,

---

(1) Rodrigo Dosma, *op. cit.*, pp. 30-33.

(2) Solano de Figueroa, *op. cit.*, Primera parte, III, Badajoz, 1931, página 319.

(3) Cuando en el año 1094 los almoravides se apoderan de Badajoz, su general Sir Abenabúbequer entra en la plaza fácilmente, sin duda por entrega voluntaria de sus moradores, y, después, toma por asalto el castillo en el que se había refugiado el último monarca aftasí, Omar Almota-

además, no pudo tener cabida la población de la capital de un reino; tan sólo en épocas de gran decadencia y de grave peligro, los escasos habitantes de la urbe despoblada buscaron refugio en el recinto alto.

**Restos romanos y visigodos de una ciudad sin nombre.—Aparición del nombre de Badajoz en la Historia.—Confusas referencias a las construcciones de los señores “gallegos” en el siglo IX.**

Aunque el geógrafo Abulfeda afirma que Badajoz fué ciudad fundada por los árabes (1), el gran número de lápidas y restos romanos aparecidos en su solar demuestra de manera indudable que allí hubo una población romana cuyo nombre ha hecho olvidar el esplendor de la cercana Mérida; hay que desechar por completo el de *Pax Augusta* o *Colonia Pacensis* que corresponde a la ciudad portuguesa de Beja y que la cru-

---

güaquil, con su familia y algunos partidarios, cogiendo a todos prisioneros (R. Dozy, *Historia de los musulmanes de España hasta la conquista de los Almoravides*, IV, Madrid, 1920, p. 219; Dozy, *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne pendant le moyen-âge*, I, pp. 175, 179, 180, basándose en textos de AbenalAbar y Abenaljatib. Véase también Matías Ramón Martínez, *Historia del reino de Badajoz durante la dominación musulmana*, Badajoz, 1904, p. 175). Don Rodrigo Jiménez de Rada, refiriendo en la primera mitad del siglo XIII el asedio de Badajoz por Alfonso Enríquez de Portugal en el año 1169, dice que éste ocupó dos partes de la ciudad—*civitatis*—mientras que los musulmanes se encerraron en el castillo—*arce*—(R. Jiménez de Rada, *De rebus Hispaniæ*, edición Lorenzana en C. P. E., III, 165). La Crónica de don Sancho IV el Bravo relata que en el año 1289, es decir, 59 después de la conquista de Badajoz por los cristianos, con motivo de las luchas de Portugaleses y Bejaranos, éstos, después de matar muchos Portugaleses, tomaron gran miedo del rey, por lo que se alzaron «en la villa desuso, que es muy fuerte..... en la muela de encima del castillo». (*Crónicas de los reyes de Castilla*, colección ordenada por don Cayetano Rosell, Biblioteca de Autores españoles, tomo LXVI, p. 82.) Había pues, entonces, villa alta, bien defendida, y villa baja.

(1) *Encyclopédie de l'Islam*, I, pp. 562-563, 1911.



dición local, con más patriotismo que sólidos argumentos, la ha venido atribuyendo durante varios siglos, consiguiendo dar nombre de pácense a la diócesis desde poco después de su reconquista. La fecundidad de la vega próxima y su situación dominante en donde el Guadiana cambia de dirección justifica la existencia de una población romana, tal vez de un puerto sobre el río Anas, tan frecuentado entonces por los navíos de comercio que le remontaban hasta Mérida. Tal vez algún día el hallazgo casual de una lápida nos revele el misterio en el que aparece hoy envuelta la Badajoz romana (1).

Tampoco del Badajoz visigodo ha quedado rastro en las crónicas y memorias históricas, pero la permanencia de su población entonces se comprueba de modo indudable por el testimonio, más firme aún que el que nos pudieran proporcionar aquéllas, de los numerosos restos conservados de edificaciones de esa época, entre los que se encuentran: varias columnas y capiteles aprovechados en el edificio llamado La Galera; otros que sostienen los pintorescos soportales de la plazoleta de San José y unas cuantas pilastras que se guardan en el Museo, procedentes algunas de los torreones derribados cerca de aquélla; otras quedan utilizadas como sillares en una torre que hay en el interior de la alcazaba, cerca de la que fué ermita de Santiago. El número y volumen de esos restos romanos y visigodos no autorizan la hipótesis de que se llevasen a Badajoz desde la vecina Mérida (2).

---

(1) En las murallas que rodean a la ciudad se ven, aprovechados como materiales de construcción, fragmentos romanos de mármol. En la iglesia de Santa María del Castillo había en el siglo XVI, como más adelante se dirá, tres lápidas romanas. Muchos otros fragmentos de esta civilización debe guardar el subsuelo o permanecerán ocultos tras de otras construcciones, como una losa labrada que Rodrigo Dosma dice que estaba en el exterior de la torre hoy llamada de Espantaperros.

(2) Abenadári en *Histoire de l'Afrique et de l'Espagne intitulée Al-Bayan al-Mogrib*, traduit et annotée par E. Fagnan, II, Alger, 1901,

Bajo la forma árabe de *Butalyos* aparece por primera vez en la Historia, de manera indudable, el nombre de Badajoz en el año 875 (261 H.) como el de una ciudad, fundada y fortificada entonces, en lo que era una alquería, por un joven y audaz renegado de Mérida, Abderrahman, hijo de Meruán el Gallego, sublevado contra el emir cordobés Mohámed I, de cuya guardia formaba parte, para vengar un agravio personal contra el primer ministro Háxim (1) y representante de la resistencia de los muladíes y berberiscos del Algarbe al poder de Córdoba.

Los relatos que hacen los historiadores árabes de los sucesos ocurridos en esa ocasión y de los siguientes en los que intervino el renegado hijo del Gallego, confusos, contradictorios y desacordados no pocas veces en las fechas, han sido traducidos y publicados por Codera. Vamos a intentar extraer, de esas noticias sueltas, cuya enumeración carece de toda amenidad, las que se refieren a la ciudad de Badajoz y a las construcciones levantadas por entonces en ella, brevemente intercaladas por los cronistas entre los relatos militares, que son los que han dejado más amplias resonancias en la Historia.

En el año 868 (254 H.) el emir Mohámed sitió y se apoderó de Mérida, ciudad en la que se había sublevado Abderrahman, hijo de Meruán, junto con otros capitanes, llevándolos a todos a Córdoba en unión de sus familias y dejando en aquélla de gobernador a Said, quien mandó destruir los muros, fortificando la alcazaba para que sirviese de residencia a él y a sus sucesores (2). No era la primera sublevación que tuvo lugar

---

p. 168; R. Dozy, *Histoire des Musulmans d'Espagne*, II, 183; id., trad. española, 1877, II, p. 223 y sigs.

(1) Francisco Codera, *Los Benimeruán*, llamados los gallegos de Mérida y Badajoz (*Revista de Aragón*, V, 1904). El relato de Dozy, hecho sobre menos referencias que las publicadas por Codera, no concuerda totalmente con éstas.

(2) Abenadari, II, pp. 102-103; Abenalatir, VII, 127, citados por Co-

en Mérida ni había de ser la última, pues esta ciudad, de tan ilustre abolengo, fué, a la vez que la que más resistencia opuso a los conquistados musulmanes, una de las más rebeldes a la dominación de los príncipes omeyas (1).

Abenmeruán el Gallego huyó de Córdoba, abandonando su cargo en la guardia del emir, por los motivos referidos, en el año 875 (261 H.), apoderándose del castillo de Alange, en el que se fortificó; sitiado por Mohámed, capituló al agotársele los víveres, solicitando perdón que le fué concedido, retirándose a Badajoz que era entonces una alquería (2). Sin duda la ciudad, romana primero y más tarde visigoda, que allí hubiera, según se ha dicho anteriormente, estaría despoblada, tal vez desde la invasión musulmana o desde tiempos poco posteriores.

Dice Abensaid, invocando el testimonio de Abenhayán, que en ese año de 875 (261 H.) Abderrahman, hijo de Abenmeruán el Gallego, construyó la primera almedina de Badajoz, dándose aires de sultán (3). Abenadari escribe que estableció en ella su residencia, edificándola como ciudad fuerte y poblándola con gentes de Mérida, entonces en plena decadencia, y de otros lugares (4).

---

dera, *Los Benimeruán*, pp. 288-289. El historiador Abensaid —Manuscrito Ar. de la Real Acad. de la Historia, n. 80, fol. 267— afirma, según Codera, *Los Benimeruán*, p. 188, que en el año 201 (815 H.) las gentes de Mérida se levantaron contra Alháquem y al frente de ellos Meruán, hijo del Gallego; esa noticia, no confirmada por ningún otro historiador, pudiera estar confundida con otra de fecha posterior.

(1) Codera, *Los Benimeruán*, p. 187.

(2) Abenalatir, VII, p. 199 citado por Codera, *Los Benimeruán*, página 331. Abenadari, II, pp. 104-105, citado por Codera, *Los Benimeruán*, pp. 331-332.

(3) Abensaid, Ms. cit., fol. 190, citado por Codera, *Los Benimeruán*, p. 332.

(4) Abenadari, pp. 104-105, citado por Codera, *Los Benimeruán*, página 332.

Ignoramos si a estas construcciones o a otras posteriores aludirá Abenalcutía cuando, después de referir las campañas de Abenmeruán en el Algarbe contra el emir Mohámed, que arruinaban al país, cuenta que el emir, sintiéndose sin duda impotente para reducir a aquél, le envió un emisario al que manifestó que para cesar en sus excursiones guerreras era necesario que se le permitiese restaurar, fortificar y poblar un lugar—¿Albasranal?—que estaba frente a Badajoz, al otro lado del río, conservando en él la invocación a nombre del emir, pero sin pagarle tributo ni vasallaje; se le concedió «el construir a Badajoz al otro lado del río para que fuese del partido del Islam, como se había convenido con él». Tuvo Abenmeruán su capital en Badajoz, con castillo y recinto amurallado, casas, alcázares y jardines (1).

Este astuto e inteligente renegado, jefe de los muladíes del Algarbe (2) y del occidente de la España musulmana, que se separó de la comunidad de los fieles y protegió y frecuentó a los cristianos de preferencia a los musulmanes (3), fué aliado de Alfonso III de León. Aprovechándose de la anarquía existente en los dominios cordobeses, se consagró a expediciones de saqueo, teniendo continuamente en jaque el poder de los emires cordobeses, al igual que en el oriente andaluz por la misma época el más famoso Omar Abenhafsún, quien parece solicitó, sin conseguirla, la alianza con el Gallego.

En el año 263 de la Hégira (876-877 C.), Almondir, hijo del emir Mohámed, partiendo de Córdoba, se dirigió en expedición hacia Mérida; Abenmeruán, no sintiéndose muy seguro en Badajoz, la abandonó para refugiarse en Alburquerque?

(1) Abenalcutía, p. 89, citado por Codera, *Los Benimeruán*, p. 334; *Historia de la conquista de España por Abenalcutía el Cordobés*, traducción de don Julián Ribera, Madrid, 1926.

(2) Abenadari, *Al-Bayanó-al-Mogrib*, trad. Fagnan, II, p. 223.

(3) Abenhayán, Ms. de la Bibl. Nac. de Madrid, n. 5.685.

Ábualid, general de Almondir, acampó junto a aquella ciudad, destruyendo sus viviendas (1).

Algún tiempo después, en el año 265 (878-879 C.), hicieron las paces el emir y Abenmeruán, con la condición impuesta a éste de que se estableciese de nuevo en Badajoz, lo que realizó en la misma fecha, levantando sus murallas; declarándose independiente se enemistó con su antiguo aliado Alfonso III (2).

Abenalatir refiere una nueva expedición en 271 (884 C.), enviada por el emir Mohámed y dirigida también por su hijo Almondir contra Abenmeruán el Gallego, sublevado en Badajoz; éste huyó y Almondir incendió la ciudad (3). Abenadari menciona esta campaña en el siguiente año de 272 (885-886 C.) (4).

Hasta el año 276 de la H. (889-890) hacen memoria los cronistas árabes de Abenmeruán como rebelde en Badajoz, por lo que Codera supone que debió morir en esa fecha o en otra muy próxima (5), en tiempo ya del emir Abdala (887-912). Sucedió a aquél su hijo Meruán, del que se cuenta que causó daños a los bereberes limítrofes, muriendo a los dos meses de mando (6).

(1) Abenadari, pp. 105-106, citado por Codera, *Los Benimeruán*, página 334; *Al-Bayan al-Mogrib*, trad. Fagnan, II, pp. 168-169; Abenalatir, VII, p. 212, citado por Codera, *Los Benimeruán*, p. 332; Ibn el Athir, *Annales du Maghreb et de l'Espagne*. Traduits et annotés par E. Fagnan, Alger, 1898, p. 252. Abenalatir da para esta expedición la fecha de 262 H. (875 C.), mientras que para Abenadari fué en el 263 H. (876-877). Fagnan interpreta el nombre árabe del castillo en el que se refugió Abenmeruán como el de Caracuel, coincidiendo con Dozy.

(2) Abenadari, II, p. 105, citado por Codera, *Los Benimeruán*, página 336.

(3) Abenalatir, VII, p. 292, citado por Codera, *Los Benimeruán*, página 401; Ibn el Athir, *Annales*, p. 261.

(4) Codera, *Los Benimeruán*, p. 401.

(5) Codera, *Los Benimeruán*, pp. 402-403.

(6) Abenhayán, Ms. citado, fol. 17 v., citado por Codera, *Los Benimeruán*, p. 337; Abenzaid—libro III, cap. II—no dice el nombre de este efímero monarca.

Abdala nombró dos gobernadores para ejercer el mando en Badajoz; uno de ellos dió muerte al otro, quedando solo en el gobierno y declarándose, al parecer, independiente, pues en el año 286 (899-900 C.) Abdala escaló la ciudad y, dueño de ella, mató al rebelde (1).

En 914 el intrépido Ordoño II, rey de León, en el cuarto año de su reinado, rompió las hostilidades contra Abderrahman III, entrando a sangre y fuego por el territorio de Mérida. Apoderándose de la fortaleza de Alange pasó a cuchillo a todos los habitantes, reduciendo a la esclavitud a sus mujeres e hijos. Espantados los de Badajoz (2) ante el temor de correr la misma suerte, reuniendo multitud de presentes y llevando al frente al príncipe de esa ciudad, fueron a suplicar al rey cristiano que se dignase aceptarlos. Ordoño los recibió propicio, retirándose a León por los Campos góticos, tras de repasar Tajo y Duero (3). Por entonces el territorio que se extendía entre el último río y el Guadiana, casi desierto, no era de los leoneses ni de los musulmanes; hacia el año 890 Mérida se consideraba como ciudad fronteriza (4).

Ese príncipe de Badajoz, que acudió al frente de los habitantes de su ciudad a congraciarse con el rey leonés, debía ser Abdala, sobrino de Meruán, al que sucedería en su gobierno, hijo de Mohámed y nieto de Abderrahman Meruán; había estado en Córdoba en rehenes (5), y pereció en 923 (311 H.)

---

(1) Codera, *Los Benimeruán*, p. 404.

(2) Dozy se refiere a los habitantes de Badajoz; el Silense dice que los moradores de Mérida, con su rey, salieron hasta Badajoz con innumerables regalos, pidiendo la paz.

(3) Chr. del Silense en *España Sagrada*, XVII, p. 295; Dozy, *Historia de los musulmanes de España*, Madrid, 1920, III, p. 32. Véase también el *Chronicón mundi* de don Lucas de Tuy.

(4) Dozy, *Historia de los musulmanes de España*, Madrid, 1920, III, p. 27.

(5) Abenhayán, Ms. citado, fol. 11 recto, citado por Codera, *Los Benimeruán*, p. 405.

víctima de una agresión de una parte de los habitantes de la ciudad (1).

Debió sucederle en el gobierno o señorío de Badajoz alguno de su misma familia, pues se tiene noticia de que en 317 (929-930 C.) Abderrahman III salió de expedición contra Badajoz para hacer la guerra al rebelde Abenmeruán y a sus moradores. La campaña fué dirigida, en parte, por En-Nacir, quien estableció su campamento bajo los muros de Badajoz. Los sitiadores, asaltando los arrabales, mataron a numerosos habitantes, quemando las casas que estaban fuera de las murallas y cortando los árboles de los alrededores, teniendo encerrados a los defensores en la ciudad, en cuyas viviendas se combatía. El sitio, estrechísimo, prosiguió con varia fortuna hasta que al cabo de un año, en el de 318 (930 C.), apurados por los sitiados todos los recursos, Abenmeruán pidió gracia, que le fué concedida, siendo trasladado con sus familiares y más importantes partidarios a Córdoba. Badajoz fué desde entonces cabeza de una de las coras o distritos sometidos a Abderrahman III (2).

Ningún resto se descubre en la ciudad ni en la alcazaba de la primitiva fortaleza de los Abenmeruán. Al siglo X, y al período califal, tan sólo puede atribuirse un capitel de mármol, semejante a otros muchos cordobeses, aparecido en la alcazaba en 1930 y que se guarda en el Museo.

A partir del siglo X la historia de Badajoz puede seguirse con bastante continuidad a través de las crónicas árabes y cristianas, labor realizada por el benemérito erudito don Matías Ramón Martínez en su *Historia del Reino de Badajoz durante la dominación musulmana*—Badajoz, 1904—que hoy se halla necesitada de algunas rectificaciones y ampliaciones, de acuerdo con los recientes estudios de historia árabe española.

(1) Abenadari, *Al-Bayanó-al-Mogrib*, trad. Fagnan, II, p. 306.

(2) Abenadari, II, pp. 214-216, citado por Codera, *Los Benimeruán*, p. 406; Ibn Adhari, *Bayan al Mogreb*, trad. Fagnan, II, pp. 330-334.

## Badajoz, brillante corte de los aftasíes en el siglo XI.—El postigo y la puerta de la Coracha.

A la disgregación del califato cordobés un esclavo de Alhaquem II llamado Sabur que representaba el poder califal en Badajoz, Santarén, Lisboa y la región meridional de Portugal, se declaró independiente, como los demás jefes provinciales. Falleció, según el epígrafe de su sepulcro, que lo da el título de *hágib*, es decir, de señor independiente, en el año 1022 (413 H.) (1).

A su muerte, su ministro Abdala Abenalaftas se apoderó del poder, tomando el título honorífico de Almansur y fundando la dinastía berberisca de los aftasíes que, desde el año 1022 al 1094, reinaron sobre la mayor parte del Norte de la antigua Lusitania, teniendo su brillante corte de taifas en Badajoz. Murió este monarca, cuya lápida sepulcral también se conserva, en el año 1045 (437 H.) (2).

Le sucedió su hijo, el segundo aftasí Almodafar Mohámed Abenabdala, llamado Abubequer, príncipe prudente, instruido, amante del estudio y de la erudición, de fuerte ánimo, autor, según se afirma, de varias obras históricas y literarias. Acuñó moneda de oro y bajo su mando en la corte de Badajoz encontraron protección escritores y artistas. En guerra durante varios años con Motadid de Sevilla, fué derrotado y, a consecuencia de ello, el reino de Badajoz conoció un gran período de decadencia, al ser devastado el país por los sevillanos que

---

(1) Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, p. 53; Ibn al Athir, *Kamil fi't-tarisch*, trad. Fagnan, en *Annales*, p. 441; Dozy, *Histoire des musulmans d'Espagne*, t. IV, p. 302; A. Prieto Vives, *Los reyes de taifas*, pp. 51 y 66.

(2) *Al-Bayanó*, III, pp. 235-236; Dozy, *Histoire des musulmans d'Espagne*, IV, pp. 14 y sigs.; A. Prieto Vives, *Los reyes de taifas*, p. 66.



arrasaban las cosechas. Las tiendas de Badajoz estaban cerradas; las plazas y los mercados, desiertos; lo más escogido de la población había perecido en una funesta batalla. Duró esta situación hasta que, en el año 1051, Almodafar y Motadid hicieron las paces (1).

Mientras duraban estas luchas y en toda la España musulmana innumerables reyezuelos se disputaban encarnizadamente las ruinas del califato cordobés, Fernando I de Castilla y León, ensanchaba hacia el Sur sus dominios a costa del segundo aftasí. En 1057 arrebató Viseo y Lamego a Almodafar; en 1064 conquistó a Coimbra y el rey de Badajoz tuvo que prestarle vasallaje y rendirle tributo.

El último monarca de la breve dinastía aftasí, fué Omar Motauaquil (1067-1094) (2), muy dado también al cultivo de las letras y las ciencias, protector de sabios y poetas, rodeado de notables cortesanos y sabios en teología, jurisprudencia y gramática, que convirtió a Badajoz en un centro de cultura parejo al famoso creado por Almotamid de Sevilla.

Pero la presión cristiana era cada día más intensa y aquella

---

(1) R. Dozy, *Historia de los musulmanes de España*, IV, Madrid, 1920, pp. 73-76, según referencias de Abenhayan, *apud* Abenbasam, I, folio 108 v., 109 r.; poema de Abenzeidun, *ibid.* fol. 99 v.

(2) Dozy, *Historia*, IV, 1920, p. 274, supone, en la necrología de los príncipes musulmanes que publica al final de su obra, que Almodafar reinó hasta 1068 y que entre él y Omar ejerció el poder el hijo del primero, al que no cita en el texto, Yahya Almansur II, del que se conservan monedas acuñadas en los años de la H. 456 y 457 (Antonio Vives, *Monedas de las dinastías árbigoespañolas*, Madrid, 1893). González Palencia —*Historia de la España musulmana*, Barcelona, 1925, p. 56— no incluye a Yahya entre los monarcas aftasíes, y a Almodafar le sigue Omar el año 1067. Tampoco nombran a aquél otros cronistas árabes como son Abenaljatib, Abenjaldún y Abdelrrahid de Marraquez; lo más probable es que, como supone don Matías Ramón Martínez basándose en las obras de Dozy, Conde y Hooguliet, y en las monedas, ejerciesen ambos señorío sobre partes distintas del reino de su padre Almodafar hasta el fallecimiento de Yahya. (*Op. cit.*, p. 125 y sigs).

corte de taifas gozaba en precario de una vida refinada bajo la amenaza de un desastre que se veía fatal y próximo. Tal vez a consecuencia de la alarma producida por la toma de Coria por Alfonso VI (septiembre de 1079), primera de las conquistas cristianas en la cuenca del Tajo, escribió el monarca afitasí al emperador almoravide notificándole la pérdida de aquella plaza y señalándole el hecho como funesto augurio de que los musulmanes serían arrojados rápidamente de la Península si el almoravide no intervenía. Llamado por los magnates toledanos después de la huída de su rey Alcadir, Almotauquil entró en Toledo en 1080; muy confiado en la fortaleza de la ciudad se ocupaba en disponer fiestas en sus espléndidos alcázares hasta que un día, dándose cuenta cierta del peligro de la proximidad y amenaza de Alfonso VI, huyó hacia Badajoz, tras cerca de diez meses de permanencia en Toledo (1).

Después de la conquista de Toledo en 1085, Almotauquil volvió a escribir al emperador almoravide pidiéndole auxilio para el Islam español. Fueron los reyes de Badajoz y de Sevilla los principales causantes de que Yúsuf cruzase el Estrecho, derrotando en 1086 a Alfonso VI en Sacralias (2)—Zalaca para los musulmanes—a poca distancia de Badajoz. Algunos años más tarde, desengañado, viendo que los almoravides atacaban sus fronteras a pesar de haberles ayudado a conquistar Sevilla, imploró a última hora el auxilio de Alfonso, entregándole en

---

(1) Ramón Menéndez Pidal, Adefonsus Imperator Toletanus en *Historia y epopeya*, Obras de..., II, Madrid, 1934, pp. 244-248; Dozy, *Recherches*, 1849, p. 189.

(2) La actual dehesa de Sagrajas, situada a muy poca distancia de Badajoz. El *Chronicon lusitano* dice que la batalla tuvo lugar «ad faciem civitatis Badajoz, in loco qui dicitur Sagalias». A Badajoz aluden también, con el mismo motivo, los *Annales Complutenses* y los *Compostelani* (Matías Ramón Martínez, *op. cit.*, pp. 42 y 157). En la edición de 1086 a una carta de donación a favor del monasterio de San Millán de la Cogolla, se dice que el donante «Sancio Ortiz... dedit... ante lite in Batazgo». (L. Serrano, *Cartulario de San Millán de la Cogolla*, p. 248).

1093 a Lisboa, Cintra y Santarén, con lo cual la frontera con el reino cristiano quedó en el Tajo.

Finalmente, el caudillo almoravide Sir Abenabúbequer, después de conquistar Córdoba y Sevilla, se apoderó fácilmente de Badajoz en 1094, y, tomada por asalto la alcazaba donde se había refugiado el monarca con su familia, alanceó a Almotauaquil y degolló a sus hijos a poca distancia de la capital, después de obligarles a revelar mediante el tormento el lugar en el que habían ocultado sus tesoros, tragedia cantada por los poetas musulmanes (1).

Abensaid escribe que este último monarca de la dinastía aftasí construyó grandes e ilustres obras en Badajoz (2); pueden ser restos de ellas algunos paños de murallas existentes en los frentes Norte y Nordeste del recinto de la alcazaba, en los que se abrían una puerta y un postigo, interceptados por muros y escombros por su parte interior desde hace largo tiempo. Sus características no permiten remontar esos restos a los siglos ix y x, identificándolos con las fortificaciones de que se ha hecho mención levantadas por la familia de los Gallegos; tampoco pudieron construirse después de mediar el siglo xii, por lo que únicamente cabe la duda de si se levantaron en el xi por los monarcas de la dinastía aftasí o en la primera mitad del siguiente, bajo el dominio almoravid. Son, sin duda, los únicos subsistentes de las fortificaciones a que se refiere el geógrafo árabe El Edrisi, quien escribió a mediados

---

(1) Dozy, *Recherches*, I, pp. 179-180; *Historia de los musulmanes de España*, IV, Madrid, 1920, pp. 219-220. Esta es la expedición que el Cartás, equivocadamente, supone realizada contra el naciente reino de Portugal en el año 504 H. (1111), diciendo conquistó Sir, a la par de Badajoz, Santarén, Portugal (Oporto), Evora y Lisboa (Roudh el Kartas, trad. Fagnan, p. 231), Ibn al Athir, *Annales*, trad. Fagnan, p. 497. Véase R. Menéndez Pidal, *La España del Cid*, II, p. 536.

(2) Abenzaid, mrs. cit., lib. III, cap. II (cita de don Matías Ramón Martínez, *op. cit.*, pp. 15 y 143).

del siglo XII que Badajoz era entonces una villa importante, rodeada de fuertes murallas, y que anteriormente tuvo un barrio hacia oriente, más grande que la misma villa, pero despoblado entonces a causa de las revoluciones (1).

El postigo se abría en un muro construido de mampostería, guardando cierta regularidad de hiladas, en la parte Nordeste del recinto de la alcazaba. Conserva restos de su dintel y quicialera alta de mármol y quedó condenado por haberse interceptado su salida interior con una muralla.

La puerta hállase en el frente Norte del recinto, a no mucha distancia del postigo, con salida a la ladera escarpada que baja en rápida pendiente hacia el Guadiana. En su exterior tiene un arco de herradura aguda en el que alternan las dovelas de piedra con las de ladrillo, según la moda cordobesa, seguida también en varias puertas de la alcazaba de Málaga, y otro escazano, con dovelas de piedra, para el hueco de la puerta. Hacia el interior de la alcazaba la entrada estaba oculta por tierra y escombros desde hace largo tiempo; excavóse por iniciativa particular no hace muchos años y de nuevo ha vuelto a rellenarse.

Autores modernos llaman a esta puerta de la Traición, afirmando que salió por ella huyendo, derrotado, el rey de Portugal don Alfonso Enríquez en 1169, cuando sitiaba a los musulmanes refugiados en la alcazaba, dándose entonces un fuerte golpe en la rodilla con el cerrojo por lo que, herido, cayó prisionero de las tropas leonesas de su yerno don Fernando II que habían acudido en auxilio de sus aliados musulmanes (2). Refieren el hecho el cronista contemporáneo Abensáhibasala (3) y, algo más tarde, Lucas de Tuy y don Rodrigo

---

(1) Edrisi, *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, trad. Dozy, página 219.

(2) Matías Ramón Martínez, *op. cit.*, pp. 237-238.

(3) Abensáhibasala en *The History of the Mohammedan dynasties in Spain*, by Ahmed Ibn Mohammed Al-Makkari, editada por don Pascual

Jiménez de Rada, pero ninguno de ellos menciona al referir el hecho puerta determinada, aunque sí se refieren a una de la ciudad y no de la alcazaba, en la que no llegó a penetrar el rey portugués (1).

Lo probable es que el nombre antiguo de esta puerta fuese

---

Gayangos, Londres, 1840-1845, II, p. 522. (Cita de don Matías Ramón Martínez, *op. cit.*, p. 237).

(1) Lucae Tudensi, *Chronicon Mundi*; Roderici Ximenii de Rada, *De rebus Hispaniæ*, edición Lorenzana en C. P. E., t. III, p. 165. Probablemente se han confundido, en fecha no muy remota, diferentes hechos históricos y distintas puertas. La que se llamaba de la Traición en la segunda mitad del siglo XVI afirma el canónigo Rodrigo Dosma (*op. cit.*, p. 153) que estaba «cerca de la Nueva de la puente» y cerrada; la de la alcazaba, dista de la del Puente, hoy llamada de las Palmas, unos 700 metros. De lo que escribe el citado autor parece deducirse que el nombre de la Traición le vino de que por ella entró el maestre de Avis, durante sus guerras con Enrique III, apoderándose «a hurto» de Badajoz (a. 1396); desapareció sin duda en el siglo XVII o en el XVIII, al rehacer las murallas de la ciudad con arreglo a las nuevas modalidades castrenses. Solano de Figueroa—*Historia Eclesiástica*, Primera parte, II, p. 321—dice que la puerta por donde intentó salir el rey de Portugal «está cerrada, y estaba en aquel lienzo de muralla que cae sobre el río, a las espaldas de la huerta que llaman del Obispo, y era la puerta principal, porque estaban allí las barcas para el pasaje de Guadiana: y en aquellos tiempos, y muchos después, no hubo puente (el mismo autor escribe—Primera parte, I, p. 33—que el puente se construyó en 1511, pasándose hasta entonces por barcas; Lozano Rubio, en su obra *Historia de Badajoz*, Apéndices a la obra del doctor Mateos, Tomo segundo, Badajoz, 1930, pp. 265-268, escribe que la construcción del puente tuvo lugar en 1460, fundándose en la lectura equivocada de una inscripción que en él existía). Pero cuando se fabricó, por darla más hermosura, la dieron nueva puerta; cerrando la que antes tenía». Solano también, contradiciéndose—*Historia Eclesiástica*, Primera parte, IV, pp. 122-124—afirma referirse el nombre de la Traición dado a la puerta a un hecho de armas ocurrido a fines del siglo XIV, en 1396, con motivo de las guerras entre Castilla y Portugal: las treguas convenidas por seis años (en 1389) fueron rotas por el maestre de Avis, pretendido rey de Portugal que entró en Badajoz por una puerta «que llaman de la Traición», hecho referido en la Crónica del rey don Juan I de Portugal, Segunda p., cap. 158.

el de la Coraja o Coracha, pues Solano de Figueroa refiere en el siglo xvii en su *Historia Eclesiástica* que existía entonces una puerta de la ciudad «que llaman la *coraxa*, sobre el río» (1); junto a la «puerta» que ahora dicen de la Traición arranca un lienzo de muralla que, saliendo normalmente de ella baja hacia el Guadiana, terminando en un torreón medio destruído y enterrado a cuyo pie llegaban en otro tiempo las aguas del río, hoy algo apartadas de este lugar. Este espigón saliente es lo que, en términos castrenses medievales, y con etimología arábiga, se llama una coracha y su objeto sería el de impedir a los posibles sitiadores el paso a la orilla del río inmediata a la ciudad, entre éste y la muralla, lugar donde estaba el puente de barcas—no muy distante, parece, del puente actual—, facilitando a la par el aprovisionamiento de agua a los defensores de la alcazaba (2).

(1) *Op. cit.*, Primera parte, II, p. 23. Escribía Solano en el decenio de 1660 a 1670, las treguas se ajustaron realmente por quince años en 1393.

(2) A esta puerta de la Coraxa se dice que conducía una calle de igual nombre, solar de numerosa familia de este apellido (Lozano Rubio, *op. cit.*, Tomo segundo, pp. 211 y 272-273). Sobre esa acepción de la palabra coracha, que el Diccionario de la Real Academia Española no incluye, véase la obra de don Manuel González Simancas, *Plazas de guerra y castillos medievales de la frontera de Portugal*, Madrid, 1910, pp. 93 y sigs. La definición que en él se da: «espolones de mayor o menor longitud levantados para impedir el paso por la zona polémica inmediata a la cerca o bien para defensa de puertas», nos parece incompleta, pues, según puede verse en las láminas de esa obra, que reproduce las de un manuscrito del primer decenio del siglo xvi, las corachas servían con frecuencia, además, para facilitar el acceso a la orilla del río y aprovisionarse de agua los defensores de la ciudad o castillo y, probablemente, para defender, en algunos casos, la cabeza de un puente de barcas. En Málaga y en Granada hay barrios llamados la Coracha. Coracha hay en Toledo, cerca del puente de San Martín, formada por un muro torreado que arrancando del recinto bajo descende por la pendiente escarpada hasta las aguas del Tajo, terminando en un cubo redondo. Otra puerta llamada de la Coracha había en las fortificaciones de Burgos en 1475 (Hernando del Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*, cap. XXV; I, p. 276 del tomo tercero de las *Crónicas*

La conservación de esa puerta y postigo y de los paños de muralla inmediatos se explica por hallarse sobre elevado escarpe y con el gran foso del Guadiana a su pie, en un lugar por el que era imposible atacar la alcazaba con probabilidades de rendirla y penetrar en su interior.

### **Badajoz en la primera mitad del siglo XII, bajo el dominio almoravid,**

Desde el año 1094 Badajoz, como los demás estados de taifas, formó parte de los dominios españoles del imperio africano de los almoravides.

Causas muy complejas, justificadas con motivos religiosos, produjeron, antes de mediar el siglo XII, la sublevación general de los musulmanes españoles contra los almoravides. Inicióse en el Algarbe en agosto de 1144 (539 H.) (1), apareciendo como alma de ella en esa región y uno de los principales jefes del alzamiento en Andalucía, el llamado Abencasi, de origen cristiano o español, iniciado desde su juventud en la doctrina de los *sufíes*, de cuya secta fué reconocido jefe desde 1142. En los comienzos de la sublevación presentóse en Mértola a prestar homenaje a Abencasi Abumohámed Sidrey Abennazir, rebelado en Evora y Recha (2), quien posteriormente parece que estuvo encarcelado en aquella ciudad hasta que, reconciliado de nuevo con Abencasi, éste le devolvió el gobierno de su pequeño estado (3).

El mes del ramadán del año 539 de la H. fué pródigo en revueltas y luchas en toda la España musulmana (4) cuyo

---

*de los reyes de Castilla*, colección ordenada por don Cayetano Rosell (Biblioteca de Autores españoles, tomo LXX).

(1) Don Francisco Codera, *Decadencia y desaparición de los almoravides en España*, Zaragoza, 1899, p. 91.

(2) Codera, *Decadencia*, pp. 33-39.

(3) *Decadencia*, pp. 42-43.

(4) Codera, *Decadencia*, p. 409.

fruto fué la proclamación de numerosos y efímeros jefecillos locales, durante el breve período que se conoce por el segundo de los reyes de taifas. La sublevación de Badajoz tuvo lugar en esa fecha, tal vez de acuerdo con Abencasi. Los habitantes de la ciudad obligaron a abandonarla a los *mulattimun*, «los que se cubren la cara con velos», representantes de la autoridad almoravide, lo que no se realizó sin efusión de sangre, como sabemos por la lápida de un tal Ubaid Allah que murió mártir en esa ocasión (1).

Es probable que Sidrey Abennazir, del que ya hemos hablado, interviniera en esa sublevación de Badajoz, pues parece que ejerció el mando en la ciudad posteriormente, rebelándose en ella o en Silves nuevamente contra Abencasi, cuando éste le llamó para que se le uniera después del fracaso de la expedición de su lugarteniente Abenalmóndir contra Abenliamdin. Sidrey, como algunos otros de los cadíes sublevados, reconoció a éste como emir, y acuñó moneda en la que le dió los títulos de victorioso por Dios y príncipe de los fieles, pero Abenhamdin, que apenas llevaba once meses de reinado en Córdoba, derrotado por los almoravides tuvo que refugiarse en Badajoz (2).

Abencasi envió contra el rebelde a Abenalmóndir quien, derrotado y prisionero, fué encarcelado en Recha y cuando Sidrey llegó a ser señor de Badajoz y su distrito ordenó que le sacasen los ojos (3). Luego Sidrey atacó y se apoderó de

(1) Inscripción sepulcral en una losa de mármol blanco, de 0,46 por 0,28 mts., encontrada en Badajoz en 1877 al hacer obras de ampliación en el cuartel de la Bomba. Se conserva en el Museo Arqueológico de Madrid. Es de un Ubaid Allah, al que los *mulattimun* dieron muerte violenta el día en que se marcharon, el 25 de marzo de 1145, a fines del ramadán del 539 de la H. Al muerto se le da en la lápida el título de *sahid*—mártir—, por considerarse a los almoravides como antropomorfistas y heréticos (Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*).

(2) Codera, *Decadencia*, pp. 42-43; Ibn Knaldoun, *Historie des Bèrèbers*, trad. Slane, II, p. 184.

(3) Codera, *Decadencia*, p. 43.



Mértola; huyendo Abencasi, atravesando el Estrecho, fué a Salé a pedir protección el año 540 (1145-1146 C.) al sultán almohade Abdelmumen (1), exhortándole a que, pasando al Alandalus, expulsase definitivamente a los almoravides.

Abdelmumen accedió, enviando a España un ejército que pasó a Andalucía en el año 1146 al mando del general Barraz para hacer la guerra a los almoravides y a los rebeldes; después de conquistar varias plazas, reduciendo a algunos de éstos, restableció en Mértola y Silves a Abencasi, ocupando a Beja y Badajoz; en esta última ciudad se le sometió fácilmente Sidrey Abennazir (2), quien, incorporado con sus tropas al ejército invasor acudió al sitio de Sevilla. Asaltada esta ciudad, cayó en poder de los almohades el 17 o 18 de enero de 1147, huyendo los almoravides a refugiarse en Carmona (3). Sidrey no vuelve a figurar como señor de Badajoz.

Todo el Algarbe quedó sometido al poder de los almohades, pero por escaso tiempo, pues pronto se produjo una sublevación casi general contra los nuevos dueños de Andalucía en el año 541 (1146-1147 C.) (4), secundada por un rey-zuelo o señor de Badajoz, Mohámed, hijo de Alí Abenalhan (5) quien acuñó preciosos dinares de oro en esa ciudad con la fecha de 543 (1148-1149 C.), conservando por completo el tipo y leyenda de las monedas almoravides (6).

Para combatir la sublevación Abdelmumen envió a la Península al general Yúsuf Abensaleiman, quien inició la ofensiva sometiendo los distritos de Niebla y Tejada, Silves, Santa

---

(1) Ibn-Khaldoun, *Histoire des Bérébers*, trad. Slane, Macon, 1925-1934, II, p. 184.

(2) Ibn-Khaldoun, *Histoire*, trad. Slane, II, pp. 183-185.

(3) Codera, *Desaparición*, pp. 46-47.

(4) Codera, *Desaparición*, p. 411.

(5) Abenaljatib, ms. ar. de la Real Academia de la Historia n. 37, folio 250 vers.

(6) Codera, *Desaparición*, p. 163.

María y Badajoz en 1148 (583 H.) (1); Abenbachán, príncipe de la última ciudad, en señal de sumisión, le envió regalos, que fueron aceptados.

Quizá volvieron otra vez a rebelarse los jefecillos españoles, pues Abenjaldún habla de una nueva petición de amán dirigida por los rebeldes por intermedio del general Yahya Abenyagmor al ver que Alfonso VII el Emperador o sus tropas se retiraban del asedio de Córdoba (544 o 545 H.) (2).

Llamados por Abdelmumen fueron Abenbachán y los demás príncipes o señores españoles, entre ellos Sidrey, señor de Évora y Beja, el año 545 (1150 C.), a Salé, a prestarle juramento de vasallaje y fidelidad, cediéndole sus estados (3).

El ex príncipe de Badajoz Abenbachán murió mártir a la vista de Sevilla, en combate contra los cristianos, en el año 553 (4).

### **Las obras de los almohades en Badajoz en la segunda mitad del siglo XII.—Las puertas Principal y del Apendiz y la torre de Espantaperros.**

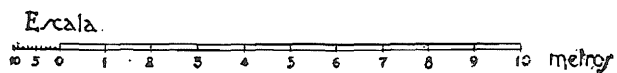
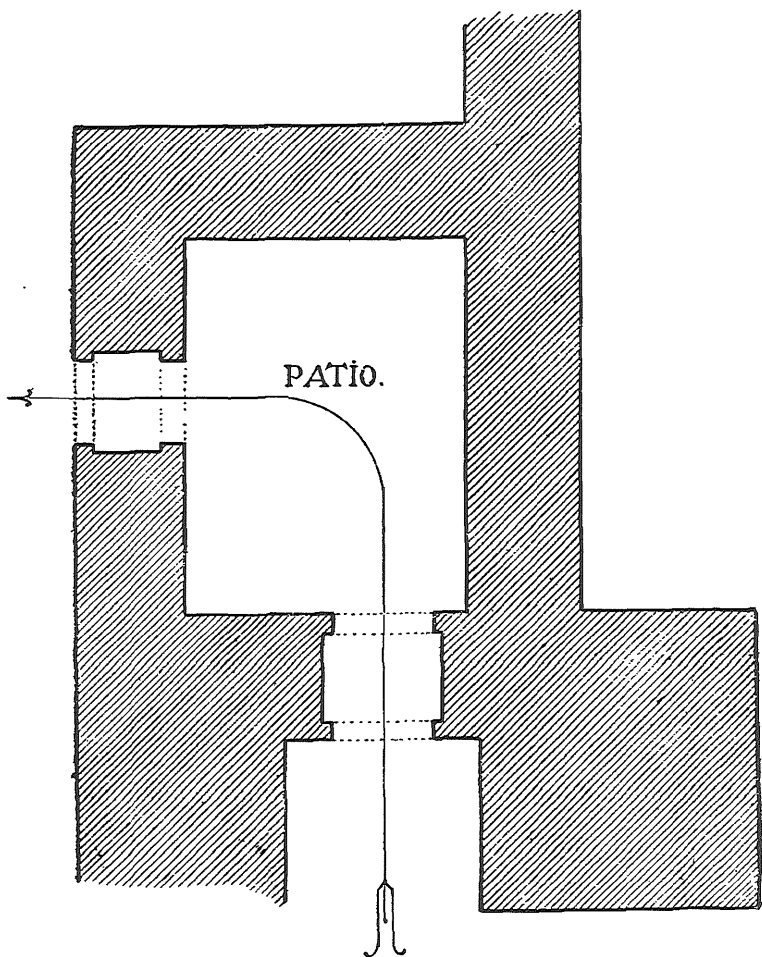
Desde el primer momento en que los almohades se hicieron dueños de la España musulmana tuvieron que preocuparse de defender su frontera occidental de las acometidas de los cristianos. Estos llegaron a apoderarse de Badajoz el 30 de marzo de 1161 (556 H.) según la inscripción sepulcral de un jurista, Abulcasim Halaf, que «pereció mártir al Este de su mezquita mayor cuando el enemigo sorprendió esta ciu-

(1) E. Lévi-Provençal, *Documents inédits d'histoire almohade*, Angers, 1928, p. 213, ns. 1 y 3.

(2) Codera, *Desaparición*, p. 162.

(3) Ibn-Khaldoun, *Histoire des Berebers*, trad. Slane, II, p. 188; Codera, *Desaparición*, p. 50.

(4) Abenjaldún, VI, p. 237, citado por Codera, *Desaparición*, pp. 160 y 162; trad. de Slane, II, p. 143.



Plano de la puerta Principal de la alcazaba de Badajoz.

dad\* (1). Poco tiempo debió durar la dominación cristiana, pues Abenabizar fija en ese mismo año de 556 H. (1161 C.) la reconquista de la antigua capital de los aftasis por contingentes almohades dirigidos por Abdallah, hijo de Abuhafs, expulsando a la guarnición que había dejado el rey de Portugal Alfonso Enríquez (2). En la misma campaña reconquistaron a Beja y Evora.

Un audaz y famoso aventurero portugués, capitán de bandoleros, Giraldo Sempavor, conquistó por sorpresa las ciudades de Trujillo, Evora y Cáceres y los castillos de Montánchez, Serpa y Jurumena, en los años de 1165 y 1166, y, combatiendo e incomodando constantemente desde esos lugares a los musulmanes de Badajoz, se apoderó finalmente de esta ciudad en el año 564 de la H. (5 octubre 1168-24 setiembre 1169) (3).

Al año siguiente estaba de nuevo Badajoz en poder de los musulmanes. Fué entonces, en 1169, cuando el rey de Portugal don Alfonso Enríquez se apoderó otra vez de la ciudad y puso sitio a la alcazaba; don Fernando II de León acudió rápidamente en auxilio de sus aliados musulmanes, enviando—según cuenta Abensáhibasala, contemporáneo de estos sucesos—un cuerpo de tropas a la alcazaba para reforzar su defensa, al que los sitiados abrieron las puertas, en tanto que el rey, con el grueso de aquéllas, sitiaba a don Alfonso, que se vió acometido en las mismas calles de Badajoz, de una parte por su yerno don Fernando y de otra por los del castillo. Hubo mucha mortandad de portugueses, teniendo éstos que abandonar la ciudad

(1) Losa de mármol de 0,51 por 0,32 mts., aparecida en 1877 en las obras de ampliación del cuartel de la Bomba y que se conserva en el Musco Arqueológico de Madrid. (Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*.)

(2) Rawd al-Kirtas, p. 130; *Roud el-Kartas, Histoire des Souverains du Maghreb*, traduit de l'arabe por A. Beaunier, Paris, 1860, p. 284.

(3) Abensáhibasala, *Historia dos Almôhados*, trad. David Lopes en el *Boletim da Segunda Classe de la Real Academia das Sciencias de Lisboa*, 190.-1910, III, p. 335.

precipitadamente; al hacerlo así don Alfonso Enríquez tropezó con una pierna en el cerrojo de una de las puertas y, herido a consecuencia del fuerte golpe, cayó prisionero del rey de León (1), obteniendo éste una victoria muy sonada que aparece registrada como data en varios documentos poco posteriores de las iglesias de Astorga, Mondoñedo, Orense y Tuy y en uno de los fueros de Pontevedra (2).

Alarmado el califa almohade por los progresos de los cristianos en la región extremeña, asegurada ya su autoridad en Africa, envió a las tropas más escogidas de su ejército, mandadas por su hermano el visir Abuhafs, a librar Badajoz. Llegados a Sevilla supieron del socorro de esa plaza por don Fernando II, del vencimiento y prisión de don Alfonso Enríquez y de que Giraldo el Gallego había ido a refugiarse en su castillo (3). Según Codera, desde Sevilla Abusaid, hermano de Abuhafs al que acompañaba en la expedición, fué enviado a Badajoz, de donde regresó pronto, pactada la paz con don Alfonso Enríquez; esto ocurrió en el mismo año de 1169 (565 H.) (4).

(1) Abensáhibasala en *The History of the Mohammedan dynasties in Spain* by Ahmed Ibn Mohammed al-Makkari, II, p. 522. Don Rodrigo Jiménez de Rada dice que el rey de Portugal se había apoderado de dos partes de la ciudad (*De rebus Hispaniæ*, edic. Lorenzana, p. 165).

(2) *España Sagrada*, XXII, pp. 95-96. *Boletín de la Comisión de Monumentos de Orense*, septiembre-octubre 1914, p. 54; Gil González Dávila, *Teatro eclesiástico* de la iglesia de Badajoz.

(3) Ibn Khaldun, *Histoire des Berebers*, trad. Slane, II, p. 198. Estas noticias de Abenjaldún autorizan la sospecha de si las expediciones de Giraldo y Alfonso Enríquez no serían una misma. El *Chronicon Conimbricense* dice que «In era MCCVI quinto nonas maii interiit Alcaide Geraldus Badalouci.» (*España Sagrada*, XXIII, p. 331), fecha que corresponde al 3 de mayo de 1168. La memorable derrota de don Alfonso Enríquez ocurrió, según Abensáhibasala, en el año 564 H. (5 octubre 1168-24 septiembre 1169). Flórez, *España Sagrada*, XXII, p. 95, demuestra que fué cerca de junio.

(4) *Decadencia*, p. 148; la referencia parece que está tomada de Dozy, *Notices*, p. 237.

Los reyes de León y de Portugal debieron abandonar Badajoz poco tiempo después del hecho de armas referido (1), quedando la ciudad bajo el dominio musulmán. Otro asedio posterior de Badajoz por Fernando II registra don Rodrigo Jiménez de Rada, cuya consecuencia fué que se le entregaran los musulmanes con la fortaleza; el monarca leonés confió entonces a un moro llamado Abenhabel la guardia de la ciudad, pero en cuanto aquél partió hacia su patria, Abenhabel la entregó a los almohades, atacando a las tropas leonesas. Solano de Figueroa dice haber ocurrido este hecho el año 1181 (2).

Para el soberano almohade era fundamental poseer a Badajoz, como fuerte plaza de apoyo. De nuevo, como hacía poco más de un siglo, los ejércitos cristianos amenazaban rebasar por esta parte la línea del Guadiana. Tal vez debamos referir a fecha inmediatamente posterior a las de 1168 y 1169, años estos en los que hemos visto a la ciudad acometida y conquistada repetidamente por los cristianos, las fortificaciones almohades de la alcazaba, de las que se conservan hoy casi toda la parte Sur del recinto, desde la puerta principal de la fortaleza, que comunica con la ciudad, hasta la recientemente descubierta, con las torres de argamasa intermedias, albarranas algunas, como la que hoy se llama de Espantaperros.

Sin duda el recinto de la fortaleza, lo mismo que las demás defensas, deberían hallarse en la segunda mitad del siglo XII en muy mal estado de conservación o derribadas en gran parte a consecuencia de alguno de los numerosos asedios que sufrió Badajoz, cuando fué necesario una reconstrucción de tal im-

---

(1) Don Alfonso Enríquez estuvo dos meses detenido después del suceso de Badajoz, según la vida de San Rudesindo (*España Sagrada*, XVIII, p. 399) y en noviembre de la era de 1207 (año 1169) se curaba, de regreso de Badajoz, en el balneario de Alafoen, según un documento citado por Herculano (Referencia de don Matías Ramón Martínez, *op. cit.*, p. 239, n. 4).

(2) *Op. cit.*, Primera parte, II, p. 322.

portancia. A ella ha de referirse el historiador Abensáhibasala, natural de Beja (1)—uno de los miembros de la comisión de notables sevillanos que fué a prestar homenaje a Abdelmumen (2)—cuando escribe que las defensas de Badajoz contra los cristianos, la construcción de su fuerte y elevada alcazaba y la conducción de agua a la ciudad desde el río, por tubería, se deben al citado califa almohade Abuyácub Yúsuf Abenabdelmúmen que reinó desde la muerte de su padre Abdelmumen, ocurrida en el año 1163 (558 H.), hasta su propio fallecimiento en 1184 (580 H.) (3).

Fué éste un gran constructor, al que se deben la segunda almedina de Marráquex y la iniciación de las obras de mejora y embellecimiento urbano de Sevilla, en las que gastó sumas considerables. En el año 567 de la H (1171-1172 C.), recién llegado a esta ciudad, mandó tender un puente de barcas sobre el Guadalquivir y construir la magnífica mezquita sevillana, las dos alcazabas—interior y exterior—, y los muelles; a su iniciativa se debe también la conducción de agua desde la fortaleza de Chaber hasta Sevilla. Mas tarde, el año 1184, al pasar por Sevilla camino de la expedición de Santarén, ordenó al gobernador construyese una fuerte muralla en la alcazaba, un alminar para la aljama y una atarazana (4).

El testimonio de Abensáhibasala sobre la construcción de las fortificaciones de Badajoz es digno de crédito por tratarse de un escritor contemporáneo de los sucesos que narra y que nació y vivió en esa región y en relación directa con el soberano al que atribuye las obras. Tales fortificaciones, construí-

---

(1) Esta Beja, patria de Abensáhibasala, formaba parte entonces de la comarca sevillana; se ha supuesto que es la actual población portuguesa del mismo nombre.

(2) P. Melchor M. Antuña, *Sevilla y sus monumentos árabes*, Escorial, 1930, p. 13.

(3) Antuña, *op. cit.*, p. 87.

(4) *El Cartás*, texto y trad. de A. Huíci, pp. 217-218; Antuña, *op. cit.*, pp. 65, 67, 86, 87, 115 y 116.

das para defender a Badajoz de las acometidas de los cristianos, como expresamente dice Abensáhibasala, debieron levantarse, según se ha dicho, poco después de 1169, cuando la ciudad estaba amenazada por los portugueses y los de León y al llegar Abuyácub Yúsuf a Sevilla, al mismo tiempo que éste inicia las grandes obras de la capital andaluza. Los almohades eran entonces dueños de extensos territorios en Africa y España, formando un vastísimo imperio con su metrópoli en Marráquex y Sevilla como su segunda capital; el reinado de Abuyácub Yúsuf, verdadero monarca andaluz, fué la edad de oro de la dominación almohade en el Sur de la Península y su período más pacífico.

De las dos puertas del recinto almohade que se conservan en la alcazaba de Badajoz, la que parece debió ser la principal, por comunicar con el núcleo central de la ciudad vieja, llamada hoy por algunos «del Capitel», por el corintio romano de pilastra con que se adorna su parte superior, ábrese entre la plaza Alta y la plazuela de San José; es una puerta en recodo, de sillería granítica, con arco de considerable elevación, encajado entre una torre y un paño de muralla que le protegen. El arco, de altos enjarjes, es de herradura aguda sobre impostas de nacela y abre a un patio descubierto, de 8,80 por 6,10 metros, dominado por los adarves inmediatos. El frontero al arco de entrada se ensanchó en época cristiana por medio de una bóveda de crucería, volada sobre el patio.

Arranca de esta puerta en dirección Sur un lienzo de muralla comprendiendo varias torres, cercanas unas de otras, albarranas algunas, unida su terraza al adarve por arcos, y ocultas hoy por las casas de la plaza Nueva. La última y más importante, situada en donde la muralla tuerce hacia saliente, es la llamada de Espantaperros, con nombre moderno que no parece ser anterior al siglo pasado (1). En la segunda mitad

---

(1) En el plano de Coello, de hacia 1850, figura ya con ese nombre.



del xvi se llamaba de la Vieja, protegiendo entonces a un barrio de la ciudad conocido por la Galea (1) cuyo recuerdo se ha conservado hasta nuestros días en el nombre de la Galera con el que se distingue a un caserón adosado a su exterior que parece se construyó hacia 1600, habiendo servido de Casa Consistorial y de Pósito; lo forman dos naves cubiertas con bóvedas de medio cañón rampantes, separadas por arcos sobre columnas y capiteles visigodos. Algo más tarde parece que se conocía esa torre por Vieja y, desde el siglo xvii, por de la Atalaya (2).

Esta torre albarrana de Espantaperros tiene dos plantas abovedadas que reciben luz por estrechas y derramadas aspilleras; a la inferior se pasa desde el adarve por medio de un largo arco, explicándose su separación de la fortaleza por el deseo de proteger lo más posible el barrio situado a su pie, impidiendo a la vez la aproximación de los asaltantes por ese lado. Su fábrica es de argamasa y octogonal su planta, semejante a la posterior del Oro, de Sevilla, y a otras varias poligonales de Extremadura, Andalucía y Marruecos. Remata esta de Badajoz en una terraza almenada de la que sobresale un campanario de ladrillo que debió construirse después de la reconquista de la ciudad, ocultando los restos de otro cuerpo más reducido, decorado con arcos entrecruzados de ladrillo, contemporáneo sin duda de la torre. Terraza y campanario descuellan sobre el caserío de la parte más elevada de la ciudad, caracterizando su silueta.

Prosigue el recinto hacia el Este, uniéndose a escasa distancia de la torre descrita con el general de la ciudad. Toda esta parte del de la fortaleza, lo mismo que su frente de saliente,

---

(1) Rodrigo Dosma, *op. cit.*, pp. 97-98.

(2) *De historia de Badajoz*, Apéndices a la Historia del Dr. Mateos por Tirso Lozano Rubio, Tomo segundo, Badajoz, 1930, pp. 274-281; *La puerta de Mérida*, por el licenciado Pero Pérez (en el diario de Badajoz «Hoy» del 3 de enero de 1939).

demuestra ser obra moderna, teniendo baluartes, cañoneras y murallas ataludadas, no anteriores a los siglos xvii y xviii. Su renovación se explica por tratarse de las partes más batidas, ya que su frente Norte, como queda dicho, no era lugar propicio a los ataques por sus condiciones topográficas, y el de Oeste estaba amparado por la muralla de la ciudad y el caserío de ésta. Es posible, sin embargo, que detrás de los muros y torres modernas queden restos considerables de la fortaleza musulmana, como parece probarlo el hallazgo reciente en el frente Este de una puerta de la alcazaba, oculta por obras modernas de fortificación (1).

Tiene esta puerta idéntica disposición que la del Capitel, a cuya misma época pertenece. La obra moderna que la ocultaba consistió en construir un muro a la máxima saliente de la puerta, macizando el espacio entre ella y el recinto antiguo. La puerta está formada por un arco de piedra, de herradura ligeramente aguda y largas dovelas, cuyos arranques aparecen destruidos, lo que se haría para ensancharla. Queda enmarcado el arco por el exterior en un alfiz formado por un rebajo en el paramento de sillería granítica, siendo ésta no más que un revestido. Tras este arco hay otro, pasado el cual se llega a un patio descubierto desde el que se penetra en la alcazaba por un segundo arco, cuyo eje forma ángulo recto con el del primero.

Creemos que esta puerta debe identificarse con la llamada del Apendiz en un documento del año 1274 referente a la renovación de una concordia entre el obispo de Badajoz don fray Lorenzo Suárez y el maestro de Alcántara y sus caballeros acerca de los límites jurisdiccionales de la parroquia de Santa María de Calatrava, iglesia que estuvo situada en lugar próximo al de la puerta, como luego veremos (2).

---

(1) Ha aparecido en los trabajos de excavación en la alcazaba, dirigidos, con benemérito entusiasmo, por don Jesús Cánovas.

(2) Solano de Figueroa, *op. cit.*, Primera parte, III, pp. 112-113. En

Si documentalmente no tuviéramos noticia de la construcción—mejor dicho, reconstrucción—de las murallas de la alcazaba en el siglo XII, las características arquitectónicas de las dos puertas descritas nos indicarían sin género alguno de duda que son obra almohade. Su disposición de abrirse en cuerpos salientes del recinto y con la entrada lateral, se encuentra ya en las puertas Monaita y Nueva o de las Pesas de la alcazaba granadina, atribuidas a la segunda mitad del siglo XI, y en las dos del recinto de Niebla, obra de los reyes de taifas, según Terrasse (1). Algo más tarde, a mediados del siglo XII, se

---

un documento del año 1424 se la llama del Pendiz y, posteriormente, del Alpendiz, citándosela, hasta fecha poco posterior a 1600, entre las entradas a la ciudad (Gil González Dávila, *Teatro eclesiástico de las iglesias de España*, Tomo I, citado por Vicente Barrantes, *Catálogo razonado y crítico de los libros, memorias y papeles, que tratan de las provincias de Extremadura*, Madrid, 1865, p. 30). Algunos años más tarde, al rehacerse el recinto de la ciudad, debió quedar enterrada, según llegó a nuestros días. Documentos de los siglos XVI y XVII prueban que la puerta del Alpendiz estaba cercana a la de Mérida y ambas a la torre de la Atalaya y al Pósito o Galera; una calle bajaba de la puerta del Alpendiz a la de Mérida, calle que creemos sería exterior al recinto (Horas lejanas. *La puerta del Alpendiz y La puerta de Mérida*, por el licenciado Pero Pérez, en el diario de Badajoz «Hoy» del 14 de diciembre de 1938 y del 3 de enero de 1939, respectivamente). La puerta de Mérida, conocida ya en el siglo XVI por tal nombre (Rodrigo Dosma, *op. cit.*, p. 30), se abría en el recinto de Badajoz y no en el de la alcazaba, sirviendo para la continua comunicación de ambas ciudades y debió estar en el paño de muralla sustituido más tarde por el que va desde la unión de las dos cercas, la de la ciudad y la del castillo, hasta la puerta de la Trinidad; aparece en el plano de Badajoz de don Francisco Coello (*Atlas de España y sus posesiones de Ultramar*, 4.<sup>a</sup> hoja de suplemento, 1850?) como cerrada, y así continúa, entre el punto de unión de los recintos y el baluarte de San Pedro, inmediato y más a Norte que el de la Trinidad; la anterior de Mérida, del viejo recinto, debió estar detrás de ella. En el mismo plano figura una puerta de San Antonio, cercana a un semibaluarte del mismo nombre, en lugar próximo al de la puerta recién descubierta.

(1) *L'art hispano-mauresque des origines au XIII<sup>e</sup> siècle*, por Henri Terrasse, París, 1922, pp. 199-200.

construyó en el *ribat* de Tit, en Marruecos, una puerta—Bab Oabli—con disposición análoga (1). Pero ninguna de éstas, excepto la Monaita de Granada que, por conservarse incompleta no nos puede servir como término de comparación; tiene patio en su interior. Las de Badajoz parecen inaugurar—o, por lo menos, desarrollar—la disposición de las puertas almohades, cada vez más grandes, complejas y decoradas, formadas por un paso en recodo abierto en el costado de un cuerpo saliente del recinto y con patio interior algunas veces. En los recintos de Rabat y Marráquex se encuentran numerosas puertas de este tipo, construídas a fines del siglo XII por Yácub Almansur, hijo y sucesor de Abuyácub Yúsuf y también, como éste, un gran constructor. Más tarde, en los siglos XIII y XIV, siguen construyéndose puertas con entrada en recodo abierta en el costado de un torreón saliente, aunque sin patio, disposición que vemos en la del Cristo, de la alcazaba de Málaga, en la de Moclin y, sobre todo, en las de las Armas y de la Justicia de la Alhambra de Granada.

Además de estas dos puertas hubo otra, en el mismo frente de muralla que la principal y más hacia Norte, conocida por puerta de los Carros, que en el siglo XVII servía de entrada a «los coches y pertrechos de la artillería y hace frente a la ermita de Nuestra Señora del Rosario» (2). El mapa de Coello la registra como tapiada a mediados del siglo XIX y se derribó, con los lienzos de muralla inmediatos, injustificadamente, en 1914; algunos años más tarde sufrieron la misma suerte las torres y lienzos de muralla situados entre dicha puerta y la principal, quedando abierto por este lado el recinto de la alcazaba.

\* \* \*

En la primavera de 1184 (580 H.) reunió Abuyácub Yúsuf

---

(1) Terrasse, *op. cit.*, p. 292.

(2) Solano de Figueroa, *op. cit.*, Primera parte, IV, p. 218.

un numeroso ejército y, partiendo de Sevilla, entró por Extremadura, devastándola; entonces debió recuperar a Trujillo, Montánchez, Cáceres, Alburquerque y Alcántara, llevando la frontera más allá del Tajo, muriendo en Santarén en esa expedición o a consecuencia de ella.

En 1195 tuvo lugar la batalla de Alarcos a la que el rey de León no acudió en socorro de los cristianos; siguió después una guerra de ese monarca, unido al rey de Navarra y a los musulmanes de Extremadura para luchar con los castellanos, dando motivo a una bula de Celestino III por la que se excomulgaba al monarca leonés y a don Pedro Fernández, de persistir aquél en su confederación con los moros y si los introducía en su tierra contra el de Castilla (1).

Pero a partir de 1200 guerrear de acuerdo contra los musulmanes los reyes de Castilla y de León, con suerte muy varia, conquistando en ese año Alfonso IX la plaza de Coria (2), más tarde la de Alcántara y, en 1229, la de Cáceres. Poco después comienza la emancipación del Andalus del dominio almohade; Abenhud, alzado en Murcia contra los dominadores africanos (1228) consigue, a su vez, ejercer autoridad sobre casi toda la España musulmana.

La conquista definitiva de Badajoz por los cristianos tuvo lugar en el año 1230, según los *Anales Compostelanos* (3). Alfonso IX de León, ya de venerable ancianidad, poco antes de su muerte ocurrida en ese mismo año, después de apoderarse de Mérida y de derrotar a Abenhud en una sangrienta batalla cerca de Alange, cercó a Badajoz. Como esta ciudad no podía esperar socorro, debió entregarse fácilmente al cabo de pocos días, pues Lucas de Tuy no da detalle alguno de su conquista (4).

(1) P. Fita (*Boletín de la Real Academia de la Historia*, XI, p. 457).

(2) *Anales Toledanos*, I, en *Las Crónicas latinas de la Reconquista* por A. Huici, T. I, 1913, p. 349.

(3) *España Sagrada*, XXIII, p. 323; Huici, *op. cit.*, T. I, p. 77.

(4) Lucas de Tuy, *Crónica de España*, p. 424.

La reconquista definitiva de la ciudad del dominio musulmán no supuso, como para tantas otras españolas, el comienzo de una dilatada era de paz. Quedaba allí, cercana, la frontera portuguesa; la separación de este reino, en sus comienzos, del castellano, fijó definitivamente el destino bélico de Badajoz. Pero los siglos siguientes apenas si han dejado huellas monumentales en la cerca de su alcazaba. Durante ellos se recalzaron y frentearon muros, se agregaron baluartes, torres y cañoneras y se hicieron algunas otras obras, sobre todo en los frentes Este y Sur del recinto que, como se ha dicho, debieron ser siempre, por su situación, los más combatidos por los asaltantes.

**El interior del recinto de la alcazaba.—El alcázar o almacén.  
Los palacios episcopales.**

Si por la puerta Principal o del Capitel penetramos en el recinto de la alcazaba con la esperanza de encontrar construcciones medievales de alguna importancia, quedaremos en el primer momento defraudados. Pero, tras de un examen detenido aparecen, ocultos por fábricas de moderna apariencia o medio enterrados en el subsuelo, restos de antiguas edificaciones; rastreando también en crónicas y viejos documentos algo podremos llegar a saber de las construcciones que allí se levantaban.

La parte del recinto a la que se llega entrando por esa puerta principal es la más meridional y elevada, ocupada hoy por un hospital Militar, vasto edificio comenzado a construir hace próximamente algo más de un siglo. En el solar que ocupa y en sus inmediaciones debieron estar las edificaciones más importantes levantadas en la alcazaba en la época musulmana, separada probablemente esta parte de la septentrional y más vasta por una muralla torreada, de la que hoy no se reco-

noce vestigio alguno; ambas se comunicarían mediante una o varias puertas. Doble—y algunas triple—recinto tienen las alcazabas de Granada, Málaga y Almería; no es verosímil que esa parte de la de Badajoz en la que, como más adelante veremos, se hallaban el alcázar o palacio, la mezquita y los enterramientos de los monarcas y señores, no estuviera separada y protegida del resto en el que, como en las alcazabas citadas, vivirían numerosos servidores y soldados, formando un barrio de la población. Esa parte más elevada y principal se comunicaría con la ciudad por la puerta del Capitel y, directamente con el exterior, por la recién descubierta del Alpendiz, la otra, por la de los Carros y por la que creemos se llamó de la Coracha, respectivamente.

La alcazaba fué durante la edad media—lo mismo en la época musulmana que en la cristiana—el último baluarte defensivo de la ciudad, en el que se refugiaban sus vecinos en caso de apuro. Ya hemos visto (1) que así ocurrió en los años 1094, 1169 y 1289; algunos antes de esta última fecha, hacia 1271, habiendo muerto en la guerra muchos de sus vecinos, fué tal la ruina de Badajoz a consecuencia de ella, que los que quedaron retiráronse a vivir en el castillo, volviendo de nuevo la catedral, desde el edificio recién consagrado a San Juan y ya en parte destruido, a la iglesia de Santa María del Castillo en donde estuvo pocos años antes, cuando la conquista de la ciudad (2). Después de varios años de guerra, en el de 1396 quebrantaron los portugueses las treguas con Castilla, entrando en Badajoz; los vecinos que pudieron escapar se refugiaron y

---

(1) Nota 3.<sup>a</sup> de la página 231.

(2) Solano de Figueroa, *op. cit.*, Primera parte, III, pp. 99-100; Rodrigo Dosma, *op. cit.*, pp. 135-136. No sabemos a qué hechos militares aluden estas referencias; tal vez se trate de la guerra que tuvo lugar entre Alfonso X y Alfonso III de Portugal en 1252, cuya causa fué que el rey Sabio reclamaba las plazas del Algarbe que el desposeído Sancho Canelo, hermano de Alfonso III, había donado al castellano cuando era infante.

defendieron en el castillo. Algo antes, a causa de la guerra, el cabildo catedral hubo de buscar amparo de nuevo en la alcazaba, celebrándose los oficios divinos, con poca comodidad, por su pequeñez, en Santa María del Castillo; prosiguiendo la campaña destruida y despoblada en parte la ciudad, no volvió a reintegrarse el cabildo a la catedral de San Juan, después de hechas importantes reparaciones, hasta pasada la mitad del siglo xv (1).

Los reyes de Castilla procuraron siempre que la alcazaba estuviese bien poblada, como cosa necesaria para su guarda. Don Alfonso xi dió en 1332 un privilegio a favor de cien hombres que guardasen el castillo y don Juan i, en 1379, le alargó a las mujeres e hijos de dichos soldados (2). Algunos años después, en 1370, se habla de que a consecuencia de la guerra pasada el castillo estaba despoblado, y de la conveniencia de poblarlo, para el mejor servicio del rey (3).

\* \* \*

Al alcázar o a sus restos debe referirse un privilegio del rey don Juan i, de 20 de febrero de 1380, por el que da sus casas «llamadas el almacén, dentro en el castillo, frente de la iglesia de Santa María», a la iglesia de Badajoz y al obispo don Fernando, para siempre, por enmienda de muchos de sus bienes que la iglesia, en servicio del reysu padre, había perdido (4). Don Enrique iii, a 15 de diciembre de 1393 confirmó la merced (5). Que estos edificios no debían ser por entonces ni muy

(1) Rodrigo Dosma, *op. cit.*, pp. 15, 152 y 153; Solano de Figueroa, *op. cit.*, Primera parte, IV, pp. 122, 124, 126, 127, 130, 137, 163, 203, 208 y 213; Segunda parte, III, p. 128.

(2) Solano de Figueroa, *op. cit.*, Primera parte, I, p. 42.

(3) Solano de Figueroa, *op. cit.*, Primera parte, IV, pp. 51-52. En 1334 el rey de Portugal había puesto sitio a Badajoz.

(4) Rodrigo Dosma, *op. cit.*, p. 150. Solano de Figueroa, Primera parte, IV, p. 87.

(5) Rodrigo Dosma, *op. cit.*, p. 149; Solano de Figueroa, *op. cit.*, Primera parte, IV, p. 102.



importantes ni muy ricos, aunque sí grandes, parece demostrarlo su calificación de almacén del Rey con el que figuran en documentos del archivo catedralicio de los años 1261 y 1274, probatorios también de que bastante antes de la cesión los venían utilizando los obispos, probablemente como residencia (1).

Siguieron los prelados habitando en ellos, habiendo noticias de que fueron objeto de obras y reparaciones durante los episcopados de don Juan de Morales († 1443), don fray Bernardo de Mesa (1521-1524), don Cristóbal de Rojas (1556-1561), don Andrés Fernández de Córdoba (1603-1611) y don fray Francisco de Roiz y Mendoza, en 1673 (2). Arruinados probablemente esos palacios episcopales, como casi todas las construcciones de la alcazaba, cuando la guerra de separación de Portugal (1640-1668), el obispo don Juan Marín del Rodezno (1681-1706) levantó, fuera de la alcazaba, el que hoy se sigue utilizando con el mismo destino. En el solar de aquél, y aprovechando tal vez sus restos, se habilitó más tarde un cuartel, llamado de San Pedro por la iglesia—entonces ermita—que existió junto a él, derribado por los franceses en 1811 y cuyas ruinas aún se reconocían a mediados de ese siglo utilizándose entonces, en parte, para prisiones: hoy apenas queda nada de ellas (3).

---

(1) Concordia celebrada entre el obispo, cabildo y ayuntamiento, el año 1261 «otorgada..... dentro en el almacén, después de cena» (Solano de Figueroa, *op. cit.*, Primera parte, III, p. 75). En la renovación de la concordia que tuvo lugar en 1274 entre el obispo don fray Lorenzo Suárez y el maestre y caballeros de Alcántara, se hace referencia a la «iglesia que llaman Santa María la Obispal, que se tien con el Almacén del Rey». (Solano de Figueroa, *op. cit.*, Primera parte, III, p. 113).

(2) Solano de Figueroa, *op. cit.*, Primera parte, IV, pp. 186-187; Segunda parte, I, pp. 165 y 272; Segunda parte, II, p. 289; Segunda parte, III, p. 139.

(3) En el citado plano de Coello se llama a sus ruinas «Palacio Viejo y Cuartel de Infantería de S. Pedro, ruinoso hoy Prisiones».

## La iglesia de Santa María de Calatrava y sus subterráneos.

Inmediatos al hospital Militar y a su Norte se conservan unos vastos subterráneos junto a los que dicen estuvo la iglesia de Santa María de Calatrava (1), que fué de los caballeros de Alcántara y parroquia de esta orden, otorgada, con una encomienda, por haber servido en la conquista de la ciudad el maestre de Alcántara don Arias Pérez Gallego con sus caballeros (2). Conocemos una concordia entre el obispo de Badajoz don Pedro y el maestre de Alcántara y del Perero y los frailes, fechada en 1257, para terminar con las contiendas y pleitos sobre las jurisdicciones de las iglesias episcopales y de la de Alcántara (3), concordia renovada el año 1274 con intervención del obispo don fray Lorenzo Suárez, señalando los límites de la feligresía de la parroquia de Calatrava (4). En una bula de confirmación de los bienes de la orden de Alcántara, dada por Gregorio IX en 1235, figura entre ellos Santa María de Badajoz (5), que había pasado a ser ermita, y no desde fecha reciente, en el siglo XVII. Ignoramos cuándo desapareció esta iglesia; debió ser hace más de un siglo, tal vez con motivo de la guerra de separación de Portugal; a comienzos del XIX ya no tenía culto y algo más tarde se la cita como ruínosa; hoy

---

(1) «De la que hoy sólo existen las bóvedas subterráneas». (Matías Ramón Martínez, *op. cit.*, p. 110). Solano, *op. cit.*, Primera parte, III, p. 56, dice que distaba menos de doce pasos de Santa María del Castillo; no hemos podido precisar con exactitud su emplazamiento.

(2) Solano de Figueroa, *op. cit.*, Primera parte, II, pp. 330-331; III, pp. 6-57).

(3) Solano de Figueroa, *op. cit.*, Primera parte, III, pp. 57-62: iglesia «que llaman Santa María de los Freyles.... que es egleſia fecha derecha-mente, e que haya feligreses».

(4) Solano de Figueroa, *op. cit.*, Primera parte, III, pp. 110-116; Rodrigo Dosma, *op. cit.*, pp. 136-137.

(5) . Publicó esta bula don Matías Ramón Martínez, *op. cit.*, pp 421-423.

no se conserva resto alguno de ella y aún se discute su emplazamiento.

La parte de los subterráneos que se puede visitar—pues no están desescombrados ni explorados totalmente—se componen de una serie de pasadizos y cámaras dispuestos en forma de U, contruidos totalmente de ladrillo, cubiertos con bóvedas de sección escazana unos y de medio cañón agudo los restantes, estas últimas con impostas de ladrillo en sus arranques.

Recientes excavaciones, dirigidas por don Jesús Cánovas, han permitido ver que estas bóvedas, subterráneas hoy, pero que antes tal vez no lo estuvieran, se hallan inmediatas y en comunicación con la puerta del Alpendiz, quedando limitada una de sus naves por el recinto exterior de la alcazaba; tal vez ésta y la inmediata—que son las situadas más a Sur—fueran dependencias y almacenes en relación con esa puerta fortificada, con disposición semejante a otras de las puertas de la Justicia y de las Armas de la Alhambra de Granada. La otra nave subterránea más septentrional, es la que se cubre con bóveda escazana y tiene, embebida en un grueso muro de ladrillo que la divide, una estrecha escalerilla de subida; parece obra posterior a la dominación musulmana.

La iglesia de Calatrava pudo estar en el espacio que queda entre las naves extremas de los subterráneos, es decir, entre las normales al recinto exterior (1). De ser cierta tal hipótesis, en ese lugar fué en el que hizo, en 1845, unas excavaciones don Nicolás Giménez, por encargo de la Comisión provincial de Monumentos, de las que ha quedado memoria en el «Inventario del Museo provincial». Habiendo tenido noticia de que pocos años antes existían algunas lápidas con inscripcio-

---

(1) En la renovación—ya citada—de la concordia hecha en 1274 entre el obispo de Badajoz y el maestre de Alcántara y sus caballeros acerca de los límites jurisdiccionales de la parroquia de Calatrava, se fijan éstos comenzando y terminando por la puerta del Alpendiz y sin citar ninguna otra, lo que demuestra la proximidad de esa puerta y de la iglesia.

nes árabes en las ruinas de Santa María de Calatrava, procedió a excavarlas, encontrando tres pavimentos, situados a diferentes profundidades. El más somero lo creyó don Nicolás Giménez obra de hacia los años de 1805 y 1806, cuando la iglesia de Calatrava formó parte de un hospital Militar; el siguiente le pareció corresponder al mismo templo, cuando fué parroquia o en la época del renacimiento (1), y el tercero, hallado a una profundidad de 15 a 16 pies (4,20 a 4,48 mtrs.), lo atribuye al período musulmán. En este último estaban basadas unas columnas de mármol «que sostenían todo el edificio y que, según la dirección de las que hasta ahora se han encontrado, deben ser hasta catorce». Un fragmento de una de ellas se conserva en el Museo; otras se utilizaron, relabrándolas, para sostener los faroles del alumbrado público de la ciudad y algunas parece que, picadas en fecha reciente, pasaron a servir de grava en las carreteras municipales. Pavimento y columnas, a juzgar por la profundidad a la que se encontraron—aunque aumentada, sin duda, en los últimos siglos por la acumulación de escombros en esa parte—pudieron pertenecer a un algibe, semejante al de la casa de las Veletas, de Cáceres (2).

### La supuesta “rauda”.

Junto a estos subterráneos, cuya lisura y carencia de elementos típicos constructivos hace difícil adscribirlos a una época concreta, debió haber una *rauda* o capilla sepulcral, destinada a guardar los restos mortales de los reyes y, tal vez, de

---

(1) Dosma—*op. cit.*, p. 15—dice que se entraba a la iglesia de Calatrava por gradas, lo que supone que su pavimento interior estaba más alto que el terreno circundante.

(2) El algibe de Cáceres tiene doce columnas; tal vez fuera este supuesto de Badajoz el citado en un documento del año 1405 referente a los límites de la feligresía de la iglesia de Calatrava (Solano, *op. cit.*, Primera parte, IV, p. 117).

algunos personajes importantes de la corte, como ocurría en el alcázar de Córdoba, en el de Sevilla (1), en la Alhambra de Granada y en otros palacios musulmanes. En fecha reciente se habla de la existencia allí mismo, en el lugar donde se construyó la sala de autopsias del hospital Militar, de «una pequeña mezquita árabe, sin duda panteón de los reyes moros, que se conservaba en pie en el primer tercio del siglo XIX, según testimonio de personas que la recordaban,... Formando cuerpo con ésta se hallaba la iglesia de Santa María de Calatrava, de la que hoy sólo existen las bóvedas subterráneas» (2). Si esta referencia debemos acogerla con todo género de reservas, pues tal vez se tomase por mezquita alguna capilla mudéjar, resto de la iglesia de Calatrava, lo que es indudable es el haberse encontrado varias lápidas sepulcrales en sus inmediaciones: la de Sabur, señor de Badajoz fallecido en el año 1022 (413 H.) (3); las dos de el rey Abdala Abenalaftas Almansur, fundador de la dinastía aftasi, quien murió en 1045 (437 H.) y otra, aún sin traducir, aparecida con motivo de las recientes excavaciones. Una de las de Almansur, conservada en el museo Arqueológico de Badajoz, estaba empotrada sobre un arco de ladrillo de los subterráneos descritos, en el que todavía queda su huella, habiéndose encontrado en el año de 1883 con motivo de hacer excavaciones para construir la sala de autopsias del hospital Militar, al mismo tiempo que un capitel y dos fustes; la otra, más extensa y hoy perdida, estaba en 1809 sobre

---

(1) Abenalfaradi, biografía 1719, cita de Antuña, *op. cit.*, p. 62. El panteón del alcázar sevillano ya estaba construido en el año 433 de la H.

(2) Matías Ramón Martínez, *op. cit.*, pp. 109-110, n. 2.

(3) Don Tomás Romero de Castilla, en el «Inventario del Museo provincial» (p. 133), dice que se encontró en el castillo; según otros testimonios fué descubierta el año 1883 al hacer los cimientos de la casa n.º 17 de la calle de Abril; acaba de ser cedida al museo Arqueológico provincial. Es de mármol y mide 0,42 por 0,35 metros (Matías Ramón Martínez, *op. cit.*, p. 97, n. 1; Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, p. 53).

una puerta tapiada por la que se subía a la torre de la iglesia; sin culto ya, de Calatrava (1).

Cerca también, en las excavaciones que se realizaron en 1880 para la construcción del depósito de aguas del Gévora, situado a Noroeste y a unos 30 o 40 metros del hospital Militar, apareció otra lápida de un Abú Abdallah Mohámed, personaje desconocido, muerto en 545 de la H. (1150 C.), guardada también en el museo Arqueológico de la ciudad (2).

### La iglesia de Santa María del Castillo y la mezquita.

La primera catedral de Badajoz, recién conquistada la ciudad, estuvo en esta parte de la alcazaba, a muy poca distancia de la iglesia de Calatrava. A ella pertenecieron las dos torres que se ven en la fachada septentrional del hospital Militar; llamóse durante la edad media de Santa María del Castillo, la Obispal y de la Sede para diferenciarle del otro templo de Santa María de Calatrava o de los Freyres. Además de esas torres queda algún otro resto de la iglesia medieval, englobado en las dependencias hospitalarias.

En Badajoz, como en todas las ciudades reconquistadas a los musulmanes, debió establecerse la catedral en la mezquita mayor, después de consagrada—y así lo asegura repetidamente

---

(1) Esta lápida era de alabastro; dicen unos que se utilizó en los cimientos del hospital Militar, donde se aprovecharon muchas piedras romanas y árabes; otros afirman lo fué en una cisterna de la calle de Granada (Rodrigo Dosma, *op. cit.*, p. XXXIV, n. 1, de Vicente Barrantes). Se conoce su texto por una copia que hizo en 1809 el racionero de la catedral don Manuel de la Rocha y que en 1865 fué a parar a manos de don Luis Villanueva, quien la comunicó a Moreno Nieto y a Gayangos (Matías Ramón Martínez, *ap. cit.*, pp. 109-110). La lápida conservada de Abdala Almansur mide 0,70 por 0,13 metros (Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*).

(2) Tiene 0,46 por 0,29 mts. y es de piedra.

Solano de Figueroa (1)—, santuario al que se refiere la lápida sepulcral, de la que ya nos hemos ocupado, del jurista Abul-casim Halaf, quien pereció mártir, según dice su epitafio, al Este de esa mezquita cuando el enemigo sorprendió a Badajoz en 556 de la H. (1161 C.) (2).

La iglesia de Santa María sirvió de catedral desde 1230, fecha de la conquista, hasta la traslación de la sede episcopal a la de San Juan, nuevamente construída en el episcopado de fray Lorenzo Suárez, por los años de 1269 al 70, aunque la consagración del edificio no tuvo lugar hasta el de 1284. Ya se ha dicho como, a consecuencia de guerras y despoblaciones, hubo de reintegrarse poco tiempo después la sede catedralicia a la iglesia de Santa María del Castillo, abandonando la de San Juan, lo que volvió a ocurrir, por análogos motivos, en el último cuarto del siglo XIV y durante la primera mitad del siguiente.

En Santa María del Castillo fueron enterrados los prelados don Pedro († 1267), primer obispo después de la conquista; don Juan de Morales (1417-1443), y don Gómez Suárez de Figueroa (1480-1485). Don Juan de Morales hizo obras importantes en el templo, entre ellas la capilla mayor, donde estuvo su sepulcro (3), y la torre de la sacristía, en la que se ven sus armas. Don Gómez Suárez de Figueroa debió levantar la alta torre rectangular que se conserva adosada a aquélla, pues ostenta su escudo; sus estancias se utilizaron como cárcel episcopal. Sobre ese emblema empotróse, a bastante altura, un relieve de mármol en el que, bajo doselete, representóse a la Virgen, con el Niño sentado en su rodilla izquierda.

---

(1) *Op. cit.*, Primera parte, III, pp. 6 y 8. Rodrigo Dosma, *op. cit.*, página 15, inserta un documento de 1411 en el que se exhorta al reparo de la iglesia de Santa María «a cuya invocación primeramente fué fundada y traspasada de mezquita que era de moros».

(2) Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, p. 60.

(3) Solano de Figueroa, *op. cit.*, Primera parte, IV, pp. 186-187; Rodrigo Dosma, *op. cit.*, pp. 15, 129, 137, 155 y 157.

De la mezquita, en la que se hicieron las obras de reforma referidas, a pesar de las cuales se habla siempre de Santa María del Castillo como de una iglesia pequeña, quedaban restos importantes en la segunda mitad del siglo xvi. El tan repetidamente citado Rodrigo Dosma escribía en sus años finales que había numerosas piedras labradas en la que fué sede de Santa María, «donde están tres hilos de arcos con cada siete columnas, unas lisas y otras estriadas, de toda mezcla, que tienen los capiteles trastocados, y aún basas sobrepuestas, según el poco aviso o mucha mengua del que con destrozos de diversas formas compuso tal fábrica. Son altas las columnas, que entran por la tierra y su fundamento no parece, porque estando el suelo de alrededor alto, así que se entraba por gradas, como en la iglesia de Calatrava y San Andrés, según que los mahometanos cavándolo o amontonando aparejan las mezquitas conforme a su superstición, para igualarlo todo se rehinchó el templo no ha mucho tiempo, de que quien lo decía se acordaba, y fuera más acertado bajar la plaza del cementerio. En esta y las demás plazas de San Juan y San Andrés se muestran muchas sepulturas con sus cintas asomadas» (1). A través de la descripción de Rodrigo Dosma se aprecian los restos de una mezquita que tendría por lo menos cuatro naves, separadas por arcos sobre columnas y capiteles aprovechados, seguramente romanos y visigodos; veintidós o veintitrés columnas antiguas subsistían aún a fines del siglo xvii (2) y tres lápidas romanas allí mismo cien años ántes (3). Don Matías Ramón Martínez escribe que en su tiempo, es decir, a principios de este siglo, quedaba aún en pie de ese edificio un trozo de pared con estrechas ventanas (4); nada hemos podido hoy reconocer de él.

---

(1) Rodrigo Dosma, *op. cit.*, p. 15.

(2) Solano de Figueroa, *op. cit.*, Primera parte, II, p. 24.

(3) Rodrigo Dosma—*op. cit.*, pp. 68-69—las publicó; Solano de Figueroa *op. cit.*,—Primera parte, II, pp. 19-20—tan sólo inserta dos.

(4) *Op. cit.*, p. 111.



Santa María del Castillo continuó siendo parroquia hasta que en 1768, por orden de Carlos III, despoblada sin duda la alcazaba, se trasladó a la iglesia del extinguido colegio de la Compañía de Jesús con el título de Santa María la Real (1). Madoz escribía, poco antes de mediar el siglo XIX, que la torre y sacristía de la antigua iglesia de Santa María del Castillo estaba entonces dedicada a prisión de reos de gran consideración (2). Al mediar el siglo el mapa de Coello registra sus ruinas, que se extendían hacia el Occidente de las torres subsistentes, situadas éstas en la cabecera del templo. Más tarde amplióse el hospital Militar, englobando esas partes mejor conservadas, y los otros restos de la mezquita y de la iglesia debieron quedar enterrados bajo los jardinillos que hay delante del hospital.

### Otras construcciones en el interior del recinto.

Fué la alcazaba asiento de un barrio populoso de la ciudad—Solano de Figueroa afirma que era capaz de mil vecinos—, según se comprueba en numerosos documentos del archivo catedralicio, algunos de fecha poco posterior a la de la conquista, en los que se hace referencia a calles y casas del interior del recinto. A fines del siglo XIII—en 1289—, cuando las luchas de Portugaleses y Bejaranos que terminaron tan trágicamente para éstos por voluntad de don Sancho IV, había villa alta—de suso—muy fuerte, en la muela de encima del castillo, es decir, en la alcazaba, y villa baja, que sería la comprendida dentro de la cerca de la población. En el documento de 1274 ya citado, de renovación de la concordia entre el obispo don fray Lorenzo Suárez con el maestre de Alcántara y los caba-

---

(1) Lozano Rubio, *op. cit.*, p. 313.

(2) *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, por Pascual Madoz, Tomo III, Madrid, 1846, página 246.

lleros de esta orden sobre límites de feligresías, se mencionan las iglesias de San Pedro y de Santiago, en el interior del castillo, además de las de Santa María la Obispal y de Santa María de Calatrava, de las que nos hemos ocupado anteriormente (1). Entre las calles del castillo se citan en ese mismo documento, las ruas de los Mercaderes, de la Perera (Pereiro?) y la que va a la puerta del Apendiz. Esos cuatro templos eran entonces parroquias que tenían junto a ellos sus respectivos cementerios y estaban rodeados de calles con casas, la mayoría de las cuales serían las mismas que, hasta 1230, ocuparon los pobladores de la alcazaba bajo el dominio musulmán.

San Pedro se hallaba en la parte alta, cerca de donde hoy se ven las ruinas del palacio de los condes de Feria y de donde estuvieron los episcopales. En el mismo lugar y con el mismo nombre hubo un cuartel de Infantería, destruido por los franceses en 1811, cuyos restos, habilitada una parte para prisiones, aún se reconocían a mediados de ese siglo. Tal vez perteneciese a la iglesia una torre sin cubierta que allí subsiste.

La otra iglesia, consagrada a Santiago, conocida por ermita de las Lágrimas en la primera mitad del siglo xix, extendía su feligresía por la parte septentrional del recinto, en la que todavía se conserva su modesto edificio de ladrillo, con ábside semicircular, utilizado actualmente como vivienda. En la primera mitad del siglo xix sirvió de capilla al camposanto de la ciudad, que se extendía a su alrededor. Tal vez estas dos iglesias de San Pedro y Santiago, como la de Santa María del Castillo, fueran primitivamente mezquitas, consagradas al culto cristiano cuando la conquista.

Parece que la judería estaba, como en otras muchas ciudades medievales, en el interior de la alcazaba: una escritura del año 1414, de venta de unas casas dentro de su recinto, dice

---

(1) Había otras tres parroquias en la ciudad, fuera del castillo: San Lorenzo, San Salvador y San Andrés (Solano de Figueroa, *op. cit.*, Primera parte, III, pp. 82-83).

lindaban «con corral de la sinagoga» (1). ¿Se referirá al solar donde estuvo anteriormente? Pues Solano de Figueroa, que acredita había una en pie en 1474, época en la que vivían numerosos israelitas en Badajoz, bien provistos de casas y posesiones (2), afirma que la judería estuvo más arriba de donde en el siglo xvii el colegio de la Compañía de Jesús, por una calleja que subía a la plaza Alta (3). Es posible que en el siglo xiv o en el xv, época de expansión israelita en nuestro país, judería y sinagoga se trasladasen del interior de la alcazaba a lugar más holgado, dentro de la cerca de la población (4).

Musulmanes primero y moriscos más tarde también debieron habitar en la alcazaba; el obispo don Alonso Manrique acabó de convertir a la religión cristiana, en los primeros años del siglo xvi, «la última casa de moros, que había del antiguo trato quedado en Badajoz, y las personas conversas, de su apellido se digeron Manrique» (5). En el año 1611, con motivo de la expulsión general de los moriscos, salieron de Badajoz trescientas cincuenta personas que ocupaban ochenta casas, según dice fray Jaime Bleda (6).

Aún se ve en el interior del recinto algún aligibe de ladrillo que estuvo habitado hasta hace poco tiempo; otros muchos existirán soterrados, de algunos de los cuales se hace mención en documentos medievales (7).

---

(1) Solano de Figueroa, *op. cit.*, Primera parte, IV, p. 139.

(2) Solano de Figueroa, *op. cit.*, Primera parte, IV, pp. 242-243.

(3) Solano de Figueroa, *op. cit.*, Primera parte, III, pp. 183-184.

(4) El cementerio judío debió estar donde hoy el barrio de San Roque, lugar llamado antes campo del Osario y campo de la Sangre; aunque la tradición afirma que en ese campo fueron enterrados los 4.000 Bejaranos que ordenó matar don Sancho IV, en el año 1619 se encontró en aquel lugar una calavera atravesada por un clavo, lo que tal vez acredite un cementerio judío (Solano de Figueroa, *op. cit.*, Primera parte, III, p. 190).

(5) Rodrigo Dosma, *op. cit.*, p. 159.

(6) Solano de Figueroa, *op. cit.*, Segunda parte, II, pp. 289-290; fray Jaime Bleda, *Crónica de los Moros de España*, Valencia, 1618.

(7) Solano de Figueroa, *op. cit.*, Primera parte, II, pp. 111-112, habla

Durante los siglos xv y xvi se fundaron numerosos mayorazgos en la alcazaba, en casas y palacios de la nobleza. De todas esas mansiones señoriales no quedan más que los fuertes muros de mampostería de las ruinas del palacio de los condes de Feria, alcaides del castillo, no lejos de donde estuvieron los palacios episcopales y la iglesia de San Pedro. Pertenecen a lo que debió ser una suntuosa construcción mudéjar, levantada en el siglo xv, con aparato de casa fuerte, cuatro torres cuadradas en los ángulos, unidas por otras tantas crujeas y un patio central. Se abre en su ingreso, que mira a Sudoeste, un gran arco rebajado que sostendría un gran balcón corrido o antepecho de la terraza de unión de las dos torres, y bajo el arco, en el muro de fondo, está la entrada. El edificio tiene dos pisos, siendo de ladrillo los arcos de puertas y ventanas, excepto el grande que sostiene el balcón que es de piedra sillería. Vino a parar esta casa fuerte de los Figueroas, por entronques, en los duques de la Roca, con cuyo nombre hoy se conocen sus ruinas.

Con sus casas, palacios y templos aún en pie, de estos últimos reducidos a ermitas Santa María de Calatrava, Santiago y San Pedro, menos poblada que en la edad media, convertidos en huertos y solares bastantes de sus antiguas viviendas, estaba la alcazaba poco antes de mediar el siglo xvii, en 1640, fecha de la sublevación de Portugal. Quien sufrió en Badajoz de los estragos de esa guerra, y sobre todo de su cerco y asaltos en 1657-1658, nos habla elegíacamente, en fecha posterior y como de cosa pasada, de los jardines, vergeles, huertas, alamedas, viñas y olivares de la alcazaba que, antes, «representaban un nuevo Paraíso» (1).

Durante el siglo xviii su interior, casi despoblado, debió ser un ingrato campo de ruinas, imagen de la decadencia y de varias cuevas o grutas abovedadas entre la ermita de Calatrava y los palacios episcopales.

(1) Solano de Figueroa, *op. cit.*, Primera parte, I, p. 34.

pobreza de la comarca de Badajoz por entonces. La guerra de la Independencia a comienzos del siguiente, con los reiterados asedios y asaltos a la población, acabaría la obra de devastación; en 1809 se juzgaban excelentes las ermitas del castillo—las antiguas parroquias—para almacenar pólvora.

### El presente y el porvenir de la alcazaba.

De la decadencia de la alcazaba, de la ruina y abandono de sus construcciones a mediados del siglo XIX, nos da idea el plano de Coello. Figuran en él, como arruinados, la antigua catedral de Santa María del Castillo, el palacio viejo y el cuartel de infantería de San Pedro, utilizado este último como prisiones, entre baterías, repuestos de municiones, cuerpos de guardia y cuartelillos; el camposanto se califica ya de viejo.

Desaparecida en el transcurso de ese siglo la importancia militar de la alcazaba, realizándose el crecimiento del núcleo urbano por la parte llana extramuros de la ciudad, atraídas las nuevas edificaciones por la estación del ferrocarril y las carreteras, fué quedando cada vez más abandonado el recinto alto. En los restos de construcciones y entre las ruinas, en pobres chozas muchas veces, se fueron instalando familias humildes. En el más viejo solar de Badajoz, donde los reyes aftasis levantaron sus alcázares en el siglo XI y donde, algunos más tarde, los obispos tuvieron sus palacios y sede catedral y numerosos nobles extremeños suntuosas moradas, se albergaba en nuestros días una población miserable, de gentes que vivían sin agua ni urbanización alguna, convertido el recinto en depósito de inmundicias y suciedad.

El hecho se repetía en otras varias ciudades de la España meridional, de características topográficas e históricas semejantes, tales como la Alhambra de Granada, hasta fines del siglo pasado y la alcazaba de Málaga hasta fecha reciente. En

esta de Badajoz quedó solamente una pequeña parte—la más meridional—cuidada y bien atendida, merced a estar en ella el hospital Militar. El resto, como se ha dicho, así como sus contornos por el lado del río Guadiana y hacia levante, eran lugares desolados e ingratos, en completo abandono, en los que se iban amontonando año tras año escombros y basuras alrededor de las chozas y pobres viviendas.

Hoy, merced a la labor tenaz y entusiasta de don Manuel García de Castro, ejemplar alcalde que fué de Badajoz en fecha reciente—después de su ocupación por las tropas Nacionales—han desaparecido, no sólo de la alcazaba, sino de toda la ciudad, los barrios inmundos de chozas, derribadas las viviendas parásitas que ocupaban aquélla, limpios de estercoleros y depósitos de inmundicias su recinto y contornos, explanadas tierras y quitadas las acumuladas en el exterior de las murallas, habiéndose hecho algunas plantaciones en los alrededores y reconstruído varios adarves.

Hace más de dos siglos y medio que los habitantes de Badajoz vienen viviendo de espaldas al cabezo que domina la ciudad, sin subir a su cumbre a gozar de las espléndidas vistas de la vega del Guadiana y la campiña circundante que desde ella se alcanzan. A esa corriente secular de abandono y desprecio de los viejos solares henchidos de Historia, ha de sustituir, en la España que se está duramente forjando, el retorno hacia las acrópolis desiertas y abandonadas desde los siglos XVII y XVIII, hacia los lugares altos, soleados y expuestos a todos los vientos, desde los que el cielo parece más próximo y el hombre más cercano a Dios.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS.